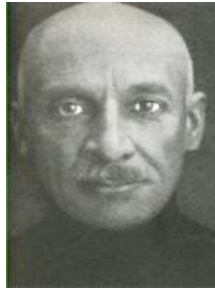


- GUSTAV MEYRINK -  
(1868 - 1932)



Gustav Meyrink nació el 19 de enero de 1868 a la una y media de la tarde en Viena, en el hotel Blauer Bock, de la Mariahilfer Strasse. Su madre, era la bailarina bávara de la corte: Maria Wilhelmine Adelheit Meyer; su padre, era el ministro Württembergués Kad, barón Vambüler von und zu Hemmingen.

Sus estudios le llevaron a Munich, Hamburgo y Praga, donde fundó el banco Meyer y Morgenstem.

Contrajo el primer matrimonio, por cierto infeliz, en 1892 con Hedwig Aloisia Certl. El segundo matrimonio en 1905 fue con Philomena Bemt, quien le sobrevivió muchas décadas y murió poco antes de cumplir noventa y tres años, el 14 de octubre de 1966 en Percha.

A principios de siglo, Meyrink disputó en Praga con unos oficiales austriacos que organizaron una campaña difamatoria contra el intruso elegante e independiente, tanto en el sentido intelectual como social. Al final lograron causar estragos en su vida económica, secundados por Olic, el inspector de policía de Praga. Tanto la casta de oficiales como la policía fueron objeto en lo sucesivo de un odio literario.

Después de estos incidentes, Meyrink vivió en Viena donde se convirtió en redactor de la revista: *El Querido Agustín*. Dos años después, en 1906, se trasladó a Baviera. Su camino está reflejado en los relatos *Des deutschen Spiessers Wunderhorn (El cuerno prodigioso del ciervo alemán, 1913)* y las grandes novelas *El Golem (1915)*, *Das grüne Gesicht (El rostro verde, 1916)*, *La noche de Walpurgis (1917)* y *El dominico blanco (1921)*, además de los siete relatos de *El murciélago (1916)*

También escribió aún una serie de trabajos esotéricos y el fragmento de una novela póstuma que no se publicó en forma de libro hasta 1973 con el título *Das Haus zur letzten Latern (La casa del último farol)*.

En 1921 Meyrink también publicó la serie: *Novelas y libros de magia (Sri Ramakrishna, de Karl Vogl; Eliphas Levi, de R. A. Laars, y Dhoola Bel, de P. B. Randolph)*, como también el tratado teórico: *An der Grenze des Jenseits (En la frontera del Más Allá)*.

Al autor no le preocupa el estilo ni los efectos literarios. Sus libros son ante todo, erupciones espirituales de una existencia vivida y comprometida en el umbral entre: el «aquí» y el «más allá», entre las dimensiones del ser, y a esto pertenece también la eliminación de fronteras.

Meyrink poseía un profundo conocimiento de varias prácticas mágicas. Los trabajos del orientalista austriaco August Pfitzmaier le condujeron por este camino: *Las enseñanzas del Tao sobre el hombre verdadero y los inmortales (Viena, 1870)*, *La separación del cadáver y de las espadas, una contribución al conocimiento de la doctrina del Tao (Viena, 1870)* y *Sobre algunos temas de la doctrina del Tao (Viena, 1875)*. Sebottendorf también parece haber influido en él. Desarrolló una vida rica en aventuras espirituales y biográficas y su muerte el 4 de diciembre de 1932 fue en Stamborg, Himbselstrasse 7.

Aquí se encuentran notas, resúmenes y algunos recortes de los libros: *El Golem* (1915). *Das grüne Gesicht* (*El rostro verde*. 1916), *El dominico blanco* (1921), *Das Haus zur letzten Latern* (*La casa del último farol*, Tomo II) *El ángel de la ventana de occidente*. *El relojero* y *El país del tiempo de las sanguijuelas*.



La vida se torna extremadamente variada cuando uno se toma la molestia de mirarla de cerca, dando la espalda a las cosas tenidas por importantes que sólo traen sufrimientos y disgustos.

Quien cree haber recibido la vida para trasmitirla a sus descendientes se está engañando a sí mismo. La humanidad no ha evolucionado, únicamente lo aparenta. Sólo algunos individuos aislados han progresado realmente. Dar vueltas en círculo significa estancarse. Tenemos que romper el círculo, de otra manera no habremos hecho nada. Quienes opinan que la vida empieza con el nacimiento y termina con la muerte, esos desde luego, no perciben el círculo. ¡Cómo podrían romperlo!

Todo en este mundo tiene la misión de superarse y quien malogra su misión es vencido por otros. El que mira a los demás pierde el equilibrio y cae en picado. Cuando uno consigue vencerse a sí mismo, los demás no se dan cuenta.

Quienes somos, los hombres, no lo sabemos. Sólo nos presentamos a nosotros mismos y a los objetos de nuestra experiencia como un “embalaje” dado, que un espejo refleja para nuestros ojos y para que nos divirtámonos nombrando nuestra persona.

¡Oh! Que paz cuando sólo conocemos el paquete por su etiqueta:

- Expedido por: los padres.
- Destinatario: la tumba.
- Envío: del “desconocido” al “desconocido”.

Además de diversas indicaciones postales como las de “valor declarado” o “muestra sin valor”, según la opinión que tenemos de nuestra inanidad.

Brevemente: ¿nosotros los paquetes, que sabemos de su contenido? ¡Los seres son muy diferentes del aspecto que les damos a través nuestro!

Cuando los hombres se levantan del lecho se imaginan que han alejado el sueño de sí y no saben que son víctimas de sus sentidos, convirtiéndose en presa de un nuevo sueño mucho más profundo que aquél del que acaban de salir. Quien ha sido despertado, ya no puede morir. Sueño y muerte son lo mismo. Poco a poco, cuando llega el conocimiento, llega también el recuerdo. Conocimiento y recuerdo son la misma cosa.

- Tu mano debe aprender lo que más tarde realizará tu espíritu. Por muy humilde que sea el oficio, se ennoblece cuando el espíritu puede adoptarlo. El trabajo que el alma se niega a heredar no es digno de que lo ejecute el cuerpo.

La verdad sólo es para una élite restringida. Debería quedar oculta a las masas. Toda criatura es inmortal, sólo que no lo sabe ó lo olvida y cuando viene al mundo, ó lo deja es porque no puede sostener que posee la vida eterna. El sendero que conduce a la vida eterna es delgado como el filo de un cuchillo. Sólo se puede comprender lo que ya se tiene. Lo inescrutable consiste en la esencia de la Naturaleza.

Lo que yo pueda decirte (un ser humano a otro) va de una boca humana a un oído humano y cae en el olvido cuando el cerebro se pudre. Sólo las enseñanzas que proceden de nuestro propio espíritu llegan a buena hora, porque nos encuentran maduros para recibirlas.

Todo lo que no surge del espíritu es polvo inerte, no hay que rezar a ningún otro Dios que no sea aquel que se manifiesta en nuestra alma.

Toda pregunta que un hombre pueda formular, está resuelta en el mismo momento en que la plantea espiritualmente. – Quiero enseñarte a rezar; no todos sabéis hacerlo. No se reza con palabras, sino con las manos. Quien reza con las manos pide limosna. No se debe mendigar. El alma ya sabe lo que necesitas.

Cuando se juntas las palmas de las manos, la izquierda se encadena a la derecha en las personas. De este modo el cuerpo queda bien atado, y de las yemas de los dedos, dirigidas hacia arriba, se eleva, libre, una llama. Este es el secreto de la oración, que no está escrito en ninguna parte.

Junta las manos para rezar; rezar significa recibir, cuando se ha aprendido a rezar. ¡Una oración es una flecha en la oreja de Dios! Cuando la flecha acierta, la oración es escuchada, cuando no, puede convertirse en algo terrible.

Los fuertes ya no necesitan la religión, caminan libremente y sin bastón; los que sólo piensan en comer y beber, tampoco necesitan bastón, porque están estancados y no andan.

Creo que este mundo y esta época no tiene mucho sentido, en el sentido de la vida, y el destino de la mayor parte de los hombres “normales” no está muy lejos, seamos justos, de no tener ningún sentido. Lo contrario de lo que hace la gran mayoría suele ser lo correcto, y donde la razón pone orden, provoca una inversión de las causas primeras y prepara la destrucción. Cualquiera siente la vocación de organizar, lo cual basta para patentizar lo erróneo de tal vocación. A menudo, un camino que lleva hacia abajo es el atajo más rápido para subir.

Es un maldito problema eso de idear, uno cree que el cerebro genera los pensamientos, pero en realidad son ellos mismos los que lo manejan a su aire, y son más independientes que ningún ser vivo.

El loco pensamiento de unos espantosos seres invisibles que engordan a mis expensas se hunde en mi carne; en vano, la combato recitando oraciones en voz alta. Sólo es invulnerable a la perfidia sin límite de los habitantes del otro mundo, quien ha pasado por todas las

etapas del misterioso trabajo interior, premonitorio del renacimiento en espíritu, a saber: el bautismo místico del agua, de la sangre y del fuego.

Hay una gran diferencia entre histeria e historia. Sólo aquella que se traduce en éxtasis y trastornos mentales tiene un carácter patológico y degrada a quienes la sufren; pero la otra forma restablece el orden mental y nos eleva, iluminándonos, conduciéndonos a esa visión directa que es superior a la comprensión a través del pensamiento. En las escrituras se llama “la palabra interna”.

Entonces, el lenguaje deja de ser un pobre medio de comunicación para convertirse en una revelación de la verdad bajo cuya luz desaparece todo error, porque en lugar de yuxtaponerse, los anillos mágicos del pensamiento se engarzan como en una cadena.

Dominar los pensamientos es un antiquísimo método pagano para llegar a ser un auténtico superhombre, pero no el superhombre del que hablo Nietzsche.

El hecho de crearse métodos y pretender servirse de ellos, es algo terrestre y transitorio, lo valioso no es el cuadro terminado, sino la capacidad de pintar. Después de entender esto, la lucha por el dominio de los pensamientos pasa de ser un combate agotador a ser un continuo placer.

Es como si hasta el presente yo hubiera estado rodeado por un enjambre de pensamientos similares a abejas que se alimentaran de mí, ahora puedo alejarlos a voluntad y vuelven a mí cargados de ideas, como abejas cargadas de miel. En otro tiempo me saqueaban, hoy me enriquecen. El hombre también debe dudar de los “*inmortales*” (*fantasmas, o seres sobrenaturales*). Ellos se alimentan de los sacrificios y de los rezos de los hombres de la tierra de los que están más ávidos que los lobos.



Se dice que en Oriente sigue existiendo una reducida comunidad cuyo origen se remonta a unos cuantos emigrantes europeos, de los cuales se comenta que conservan el secreto en su totalidad. Se llaman a sí mismos “Paradâ”, lo cual significa “uno que ha alcanzado la otra ribera”. Es una suerte para el mundo el hecho de que un hombre consiga franquear el “puente hacia la vida”.

\* \* \*

En aquel entonces yo era aún bastante joven y acababa de sufrir una decepción tan grande que la tierra se me antojó durante mucho tiempo un lugar lúgubre e infernal. El destino me trataba como un verdugo implacable.

Un día fui testigo de la manera en que se adiestra a un caballo. Lo tenían atado a una larga correa, obligándolo a dar vueltas en círculo sin que se permitiera ni un segundo de reposo. Cada vez que llegaba a un obstáculo que debía saltar, lo esquivaba y se ponía terco. Los latigazos llovían sobre sus lomos durante horas, pero el caballo se negaba a saltar.

El hombre que lo atormentaba no era cruel, sufría visiblemente a consecuencia del brutal trabajo que debía cumplir, cuando le reproché su comportamiento, me contestó: Preferiría gastarme todo el jornal en comprarle terrones de azúcar si con ello comprendiera lo que quiero de él.

Me rompí la cabeza intentando hallar otro medio de hacerle comprender al pobre animal, tuve que constatar, muy a mi pesar, que el doloroso sufrimiento era el único maestro capaz de hacerle llegar a la meta.

Entonces reconocí súbitamente que yo actuaba lo mismo que el caballo: el destino me estaba golpeando y todo lo que sabía es que sufría. Odiaba a la fuerza

invisible que me torturaba, pero hasta aquel momento no había acabado de comprender que todo aquello sucedía únicamente para que yo realizaré algo, quizás salvar un obstáculo espiritual que se hallaba ante mi. Esta pequeña experiencia se convirtió en un hito en mi camino: aprendí a amar a los seres invisibles que me empujaban hacia delante a latigazos, porque sentía que hubiesen preferido darme azúcar si con ello consiguieran elevarme a un escalón superior al que ocupa la efímera humanidad.

Hasta entonces había vivido en la errónea convicción de que todo lo malo que me sucedía era un castigo, atormentándome por descubrir la razón de merecerlo. De repente encontré un sentido para los rigores del destino y aunque a menudo no comprendía que obstáculo debía saltar, me esforzaba por ser un caballo dócil.

A menudo he contado esta historia a otras personas, pero casi nunca caía en suelo fértil. La gente se persuadía de que, siguiendo mi consejo, podrían adivinar lo que el invisible “domador” esperaba de ellos. Y como los golpes del destino no cesaban inmediatamente, volvían a caer en la vieja rutina, volvían a cargarse con la misma cruz que antes, unos quejándose y otros, refugiándose en una falsa humildad, “resignados”.

El que está tan avanzado como para adivinar a veces lo que quieren de él los seres del más allá, ya ha realizado la mitad del trabajo. El sólo deseo de adivinarlo, por sí mismo, conlleva ya un cambio total en la concepción de la vida. La capacidad de adivinar, es algo más, es el fruto de esa semilla. ¡Es tan difícil adivinar lo que debemos hacer!

Me han enseñado que la existencia no es más que un enorme sinsentido si se la vive como suele hacerlo la humanidad. No hay pruebas ni castigos. La vida externa, los reveses del destino, todo no es más que un proceso de

curación, más o menos doloroso según sea el estado del enfermo.

Debes invocar el núcleo mismo de tu ser, ese núcleo sin el cual serías aun cadáver, e incluso ni siquiera eso, y ordenarle que te lleve a la gran meta por el camino más corto. Esta meta es la única digna de esfuerzo, aunque ahora no lo veas.

Si se escribiera sobre el crecimiento interior, la gente entendería que se trata simplemente de aumentar la inteligencia o mejorar el comportamiento, de igual modo que sucede con la filosofía, donde sólo ven una teoría en lugar de una forma de vivir. Limitarse a los preceptos, aún de manera más sincera, no es suficiente para fomentar el crecimiento interior.

Existe un crecimiento interno, durante años permanece oculto, pero de repente, de modo absolutamente inesperado y a menudo a causa de un acontecimiento insignificante, se desvanece el velo y un día cualquiera surge en nuestra existencia una rama cargada de frutos maduros. Nos damos cuenta entonces de que, sin saberlo, sin que nunca nos hayamos percatado de su florecimiento, éramos nosotros los jardineros de este árbol misterioso.

El sentido de nuestra vida consiste en descubrir qué es lo que hace verdecer a este árbol y que es lo que lo protege de secarse. Te aseguro que una vez que empiezas a erradicar falsos ideales ya no puedes parar. Es increíble qué cantidad de impertinentes mentiras que hemos ido acumulando por la vía de la herencia de las ideas.

Es a este arranque sistemático de las malas hierbas de mi interior a lo que denomino la fundación de un nuevo Estado, el Estado libre, porque será un estado absolutamente desinfectado de cualquier germen de falsos idealismo. Nuestros sentidos no constituyen las

fronteras del mundo, como tampoco las de nuestra propia naturaleza.

Sé bien que un hombre no debe esperar nada del mundo espiritual, mientras no ha aprendido a afrontar y a frustrar las tentaciones del abandono divino y del espanto abismal, con la impasibilidad y la grandeza del alma de Elías y de Daniel en el foso de los leones. Quien no se ha encontrado él mismo, no debe alargar las manos hacia la corona, sea de la Tierra, sea la de la iniciación.


Quien no tiene la intuición suficiente para descubrir por sí mismo el misterio, no es digno de poseerlo por otros medios. Sólo se puede evolucionar partiendo de uno mismo, pues se trata de un hecho puramente individual.

\* \* \*

¡Que cierto es el adagio de los antiguos iniciados: quien escribe sus sueños o los cuenta los engendra en la realidad! Cuando, en mi infancia, me sentaba sobre las rodillas de mi abuelo, mientras yo aseguraba mi posición a horcajadas sobre sus rodillas, me contaba a media voz todo tipo de historias: Los sueños, hijo mío, son títulos más grandiosos que los de la nobleza y de los señoríos.

No lo olvides. Si te conviertes en el heredero digno de este nombre, te legare quizás un día nuestro sueño.

Y entonces, con una voz apaga, cargada de misterio, en un susurro sobre mi oreja, me hablo de un carbúnculo en un país al que ningún mortal puede llegar a menos de ser introducido en él por quien ha vencido la muerte y posee una corona de oro y un cristal sacado del doble rostro. “Baphomet” Es el nombre del coronado de doble rostro. También es el símbolo hermético de la antigua Orden secreta de los Caballeros del Temple.

 El símbolo Yin - Yang es objeto, en el este de Asia, de la más alta veneración. Está formado por un

círculo que divide en dos partes una línea sinuosa, engendrando así dos figuras en forma de peras enlazadas, una roja, azul la otra. El signo geométrico de la unión del cielo y de la tierra, de los principios masculino y femenino. El Yin - Yang y el Baphomet son una misma cosa.

\* \* \*

Los hombres han perdido el verdadero sentido del matrimonio. El matrimonio se ha convertido en una institución repugnante que priva al amor de su brillo y rebaja al hombre y a la mujer, reduciéndolos a la mera funcionalidad. Existe un camino oculto en virtud del cual la mujer puede ser para un hombre más que una mera alegría terrenal.

Es posible transformar la energía sexual del hombre en poder mágico, mediante una disciplina asiática llamada “Vjroli-tantra”, forma parte de la magia sexual del Tíbet. ¡Si supieras cuanta energía es necesaria para practicar el “Vjroli-tantra” sin ir a la perdición! Sólo los asiáticos sacan “algún” provecho.

\* \* \*

La lucha por la inmortalidad es una batalla por el cetro contra los fantasmas y los clamores que llevamos en nosotros mismos; y a la espera a que el propio Yo se convierta en rey es la espera del Mesías. Cuando esté coronado, entonces se rasgará la cuerda con la que estas unido al mundo a través de los sentidos y el canal de la razón. Lo que escriben los extáticos místicos cristianos sobre el “segundo nacimiento” sin el cual sería imposible “ver el reino de Dios”, no me parece que sea sino el despertar de un Yo muerto hasta ese momento a un reino

que existe con independencia de los sentidos, en una palabra, al "Paraíso".

La cuestión del paraíso es un arma de doble filo. Hay mucha gente a la que podemos herir mortalmente al decirles que allá no hay más que imágenes. La Tierra es un paraíso pasajero para los soñadores ciegos. El paraíso no es un lugar, sino un estado. Pero la vida en la Tierra tampoco es más que un estado. Quien no aprende a "ver" en la Tierra tampoco lo hará en el otro lado. Quien ha alcanzado la vida una vez, ya no puede morir, y el que está muerto, puede nacer a la vida. Los hombres no saben lo que su alma desea. Si lo supieran, serían videntes.

Este mundo no es todo el mundo, comporta un trasmundo, una pluralidad de dimensiones que el dominio donde se mueve nuestro cuerpo, que es nuestro espacio, no cubre.

La alquimia del alma estipula la metamorfosis o la muerte. ¿Sabes que esta vía de metamorfosis exige mucho paso por el fuego y por el agua? Es necesario que la materia aguante mucho sufrimiento. Es una metamorfosis del hombre animal en un Rey, en un Resucitado, en un inmortal, aquí y en el más allá.

La vía para acceder al "yo" que triunfa sobre el tiempo y la tumba es doble. Una es precaria, aventurada, llena de miasmas que los pájaros del cielo habrán quizás picoteado antes de mi retorno. Sin embargo la tomaré, pues, puede, si la fortuna me sonrío, ayudarme poderosamente a recordarme. ¿Y que es la inmortalidad sino una memoria?

Hay otra vía, que es mi deber emprender durante el tiempo de mi vida corporal, la de la Alquimia, por la que es posible obtener desde este tiempo, la inmortalidad del cuerpo y del alma. Es vano y peligroso librarse a la elaboración química de la piedra de la inmortalidad, si primero no se ha llegado hasta el fin de la misteriosa vía

del renacimiento en espíritu. La vía te encuentra a ti y no tú a la vía, y quién sigue su vía ¿cómo puede temerla?

Sólo aquel que aprende a mover la luz es dueño de la sombra y con ello, del destino. Quien pretende realizar su destino por medio de la acción no es más que una sombra incapaz de luchar contra las sombras. La magia es un Hacer sin Saber.

-¿Que debo hacer? –

-¡Debes poder!-

-¿Cómo se llega a este “poder?”-

No se llega a “poder” mediante preguntas o conocimientos del dominio donde se encuentra su destino. Cuanto más se desarrolle en ti la facultad de transformar en imágenes los deseos secretos de tu alma, más peligro corres de extraviarte en un sendero que no permite el retorno.

Nuestras escuelas son como cocinas de brujas donde la razón es deformada hasta que el corazón se muere de sed. Cuando esto se ha logrado con éxito, dicen que se ha pasado la prueba de la madurez. Lo que tu espíritu quiere que permanezca grabado en tu memoria, se te hará patente porque te causará una alegría inmediata. En cambio, el maestro de escuela es como el domador de fieras. Uno opina que es importante que los leones salten por los aros; otro inculca a los niños que el piadoso Aníbal perdió el ojo izquierdo en las Lagunas Pontinas; uno hace de un rey del desierto, un payaso de circo, otro, un ramito de perejil de una bendita flor.

¡Como si no embarrancaran la mayoría de los hombres! ¿Acaso no ha embarrancado, considerándolo desde un punto de vista más elevado de la vida, ninguno de aquellos jóvenes educados tras las ventanas de la escuela que, pongamos por ejemplo, llega a jurisconsulto, se casa para que unos hijos hereden su amargura, y por fin enferma y muere? ¿Cree usted que su alma ha creado

para semejante fin ese aparato tan complicado que llamamos el cuerpo humano?

El mago del medioevo Agrippa von Nettesheim ha estampado la frase: ni los astros ni los infiernos; sólo el espíritu en nosotros es el que todo lo produce. Este lema me ha guiado a lo largo de toda mi existencia.

Con frecuencia me he encontrado en la tierra con personas que, sumidas en la miseria, la aflicción y la necesidad, se quejan con amargura de la injusticia del destino. Muchas de ellas han buscado consuelo en aquellas doctrinas venidas de Asia (la doctrina del karma o de la compensación), que afirma: a ningún ser puede visitarle un sufrimiento cuya semilla no haya plantado en una existencia anterior; otros buscan consuelo en el dogma de la inescrutabilidad de la voluntad de Dios; pero ni los unos ni los otros han *hallado* consuelo.

A estas personas les he encendido una luz e insinuado una idea, sugiriéndola con tanta delicadeza ¡que han creído haberla tenido ellos mismos! Les he formulado la siguiente pregunta: ¿Cargarías con la cruz de soñar esta noche, tan claramente como si fuese realidad, que vivirás mil años de una pobreza sin precedentes, si yo te diera ahora la seguridad de que a la mañana siguiente encontrarías como recompensa al despertarte un saco lleno de oro ante tu puerta?

¡Sí, naturalmente, era siempre la respuesta ¡Entonces no te lamentes de tu destino! ¿Sabes acaso si este sueño angustioso, llamado vida terrenal (que dura como mucho setenta años), no lo has elegido tú mismo con la esperanza de encontrar algo mucho más espléndido que un saco de miserable dinero cuando te despiertas? La verdad es que quien tiene como motivo a un «Dios de



voluntad inescrutable», puede verlo convertido un día en un diablo maligno.

El peor enemigo del victorioso es el orgullo. ¡Que profundamente hundida está en el corazón de los hombres esta simiente de cobardía, ídolo y compañera inseparable del orgullo!

\* \* \*

Mi mirada se cruzo con una gran larva gris oscura que, con el creciente calor de la primavera mañana, estaba justamente a punto de despuntar en una joven y todavía libélula. Bien pronto, el insecto, tiritando, se despegó de su lecho de cañas amarillentas, en el cual quedó abandonada la crisálida, espectral, casi lacerada por ese combate que se semejaba a la angustia de la muerte y la del nacimiento.

Los cálidos rayos del sol secaron bien pronto sus frágiles alas. Después de varios intentos tomó impulso, se expandió con gracia, mediante un continuado y fantástico frotamiento de sus patas traseras, se puso a vibrar con ardor, y con un último esfuerzo el pequeño y zumbador elfo alzó el vuelo, resplandeciente, y se perdió un instante después, con un vuelo tembloroso entre las felices profundidades de la atmósfera. Pero la larva muerta permaneció rígida en las cañas marchitas que flotaban en el cieno del estanque. “Este es el secreto de la vida; así el principio inmortal ha cambiado una vez más de piel, así la triunfante voluntad se ha arrancado, una vez más, de su prisión para seguir su vocación”

¡Larva! ¡Disfraz! ¡Fantasma! ¡Yo soy todo eso, no soy nada de todo eso! soy el gusano grisáceo que se corrompe en la tierra entre sus rabiosas garras, tanto aquí como allá, para dar nacimiento al Otro, al Arcángel.

En la serenidad de esta mañana de Pascua, he visto pasar toda mi vida ante mí; pero de la manera que ordinariamente se habla de los recuerdos del pasado; no, me he visto en carne y hueso “detrás de mí” habitando el envoltorio larvario de cada período, y he sufrido la tortura de volver a entrar en cada una de esas formas corporales abandonadas desde el principio de mi vida consciente hasta hoy.

El presente es la suma de todo el pasado en un momento dado del conocimiento, ó no es nada. Y puesto que este conocimiento, esta memoria, es posible en la medida en que el espíritu la suscita. El presente, entre el flujo del tiempo es eterno. Su textura móvil se para, se extiende en un vasto tapiz que contemplo a mis pies. Puedo indicar con el dedo el lugar donde, en la trama, por un hilo determinado, comienza la ejecución de un dibujo determinado. Y puedo seguir este hilo de un nudo a otro, delante y atrás. No se rompe. El eterno soporte del dibujo y el significado del dibujo es el valor del tapiz, que no tiene nada que ver con su existencia personal.

\* \* \*

La vida es misericordiosa, nos regala un comienzo en cada instante. A cada segundo, nos es planteada la cuestión: ¿quién soy yo? Pero no somos nosotros quienes la planteamos, por eso no encontramos el principio. No es que sea difícil encontrarlo, el obstáculo consiste en la idea obsesiva de tener que buscarlo.

Cuando nos la planteemos seriamente, habrá llegado el día en que cuyo crepúsculo morirán aquellos pensamientos parásitos que se habían introducido en la fiesta de nuestra alma, para asistir al banquete.

El arrecife de coral que ha ido construyendo a lo largo de milenios y al que llamamos “nuestro cuerpo” es su obra, su nido, su refugio. Para hacernos al mar,

primero tenemos que abrir una brecha en el arrecife de cal y arcilla, y luego tenemos que disolverlo para que vuelva a su estado espiritual original. Más tarde te enseñaré cómo construir una casa nueva con las ruinas de este arrecife.

Ahora escucha lo que tengo que decirte: ¡Ármate para los tiempos venideros! Pronto el reloj del universo dará las doce, la cifra es roja y está bañada de sangre. Por este signo la reconocerás. La primera hora nueva será precedida por un huracán. Vela para que no te sorprenda dormido, porque los que entren en el nuevo día con los ojos cerrados seguirán siendo las mismas bestias de antes y ya nunca se despertarán. Existe un equinoccio espiritual. La primera hora nueva de la que te he hablado es un punto de inversión a partir del cual la luz se coloca en equilibrio con la oscuridad. Durante otro milenio más, los hombres aprendieron a dominar la naturaleza y a descifrar sus leyes.

Bienaventurados aquellos que comprendieron el *sentido* de tal trabajo, los que captaron que la ley interior es igual a la exterior, pero una octava más alta. Estos son los llamados a la cosecha, los demás son siervos que labran la tierra con la vista inclinada.

Desde el diluvio está oxidada la llave que abre nuestra naturaleza interior. La clave es estar despierto, estar despierto lo es todo. De nada está más convencido el hombre que de estar despierto. Pero en realidad se halla preso en una red de ensueños que el mismo ha tejido. Cuando más apretada esté la red, más sólido será el reino del sueño. Los que se enredan en ella duermen, andan por la vida, como manadas hacia el matadero, apáticos, indiferentes, sin pensar.

Los soñadores de entre ellos no ven sino un mundo enrejado a través de las mallas, no ven sino porciones engañosas, no saben que se trata de fragmentos

desprovistos de sentido de un todo gigantesco, y guían su conducta por ellos.

Tales soñadores no son los poetas ni las personas fantásticas, como podrías creer. Son los hacendosos, los laboriosos, los incansables de este mundo, los roídos por la rabia de actuar. Se parecen a feos escarabajos afanándose por escalar un tubo liso, escalarlo y volverse a caer una vez arriba. Se imaginan que están despiertos, pero lo que creen vivir no es en realidad más que un sueño predeterminado hasta el menor detalle y en el que la voluntad no tiene ninguna influencia.

Ha habido y hay algunas personas conscientes de que sueñan, son pioneros aproximándose al baluarte. Detrás de ellos se esconde un Yo eternamente despierto, videntes como Goete, Schopenhauer y Kant, pero carecían de las armas imprescindibles para tomar al asalto la fortaleza y su llamada a la lucha no despertó a los dormidos.

Estar despierto lo es todo. El primer paso es tan sencillo que está al alcance de cualquier niño. El que no sabe cómo se anda no quiere renunciar a las muletas heredadas de sus antepasados.

Estar despierto lo es todo. Estar despierto en todo lo que hagas. No creas que ya lo estas. No, estás durmiendo y soñando. Junta todas tus fuerzas y, durante un momento, oblígate a sentir cómo recorre tu cuerpo esta sensación: ¡ahora estoy despierto! Si consigues experimentar esa sensación reconocerás inmediatamente que tu anterior estado era como el de un sonámbulo, como el de un drogado.

Es el primer paso todavía vacilante de un largo, largo viaje desde la servidumbre hacia la omnipotencia. Avanza así, de despertar en despertar. No hay un sólo pensamiento torturador que no pueda vencerse de esta manera. Lo dejas en el camino y ya no podrá alcanzarte,

te elevarás sobre él como la copa de un árbol se eleva por encima de las ramas secas.

Una vez que hayas logrado extender el estado de vigilia a tu cuerpo, los dolores cesarán por sí mismos como hojas marchitas. Los baños por inmersión en agua helada de los judíos y los brahmanes, las vigilias nocturnas de los discípulos budistas y los ascetas cristianos, los suplicios a que se someten los faquires de la India, no son más que ritos externos petrificados, vestigios de un esfuerzo prehistórico por despertar y permanecer despierto.

Lee los libros sagrados de todos los pueblos de la tierra. La enseñanza secreta acerca del estado de vigilia los recorre en su totalidad como un hilo rojo. Es la escalera de Jacob, que luchó durante toda la noche con el ángel del Señor, hasta que el día le trajo la victoria.

Debes subir de escalón en escalón, de luz en luz, si deseas vencer a la muerte; las armas de la muerte son el sueño y el aturdimiento.

El escalón inferior de la escalera de Jacob se llama "genio". ¿Con qué palabras podríamos designar los escalones superiores? La masa los desconoce y los considera como leyendas. La historia de Troya también fue considerada una leyenda durante siglos, hasta que alguien tuvo el coraje de comprobarla realizando excavaciones.

El camino del despertar, tu primer enemigo será tu propio cuerpo. Luchará contra ti hasta el primer canto del gallo. Pero si llegas a ver amanecer el día de la eterna vigilia, te distinguirás de todos esos sonámbulos que se creen seres humanos y son en realidad dioses dormidos; entonces el sueño se alejará para siempre de tu cuerpo y serás dueño del universo.

Serás capaz de obrar milagros si lo deseas, y ya no tendrás que esperar humildemente que a algún falso dios

le plazca obsequiarte o cortarte la cabeza. Una felicidad habrá desaparecido para ti: la felicidad del perro fiel, siempre contento de reconocer la superioridad de un amo al que puede servir. Pregúntate: ¿cambiarías, incluso en tu estado actual, tu vida por la de tu perro?

¡Que no te espante el temor de no alcanzar la meta en esta vida! El que pisa una vez nuestro camino, siempre volverá al mundo con una madurez interna suficiente para continuar su trabajo. Nace como “genio”

El camino que te muestro está sembrado de extraordinarias experiencias: personas ya fallecidas, a las que tú conocías en vida, resucitarán ante ti y te hablarán. Se te aparecerán formas luminosas, bañadas de claridad, que te bendecirán. ¡No serán más que imágenes! Imágenes emanadas de tu cuerpo cayendo en una mágica muerte bajo la influencia de tu voluntad transformada, formas que se convertirán de materia en espíritu de la misma manera que el hielo se disuelve en nubes de vapor al entrar en contacto con el fuego.

Cuando todo lo cadavérico haya sido arrancado de tu cuerpo podrás decir que el sueño se ha alejado de ti para siempre. Entonces se consumará ese milagro que los seres humanos no pueden creer porque no lo comprenden, porque no saben que materia y energía son la misma cosa, el milagro de que, aunque te entierren, no haya cadáver en el ataúd.

Sólo entonces, y no antes, sabrás distinguir la esencia de la apariencia. Aquel a quien encuentres en esos momentos no podrá ser sino uno de los que te precedieron en el camino. Los demás sólo serán sombras. Hasta ese instante no sabrás si eres el más desdichado o el más feliz de los hombres. Pero no temas, ninguno de los que optaron por el camino del despertar fue abandonado por sus guías, aunque se extraviarán.

Voy a decirte cómo podrás reconocer si una aparición es realidad o es una quimera: si se te acerca mientras tu conciencia está turbada, y los objetos del mundo exterior se confunden o se desvanecen ante tus ojos, entonces no te fíes.

¡Tienes que estar ojo avizor! Porque es una parte de ti. Si no adivinas su significado oculto, no es más que un fantasma sin conciencia, una sombra, un ladrón que roe tu vida. Los ladrones que roban la fuerza del alma son peores que los ladrones de la tierra. Te atraen como fuegos fatuos hacia el pantano de una engañosa esperanza para abandonarte en las tinieblas y desaparecer para siempre.

No te dejes engañar por ningún milagro aparente que hagan para ayudarte, por ningún nombre sagrado que adopten, por ninguna profecía que puedan enunciar, aunque ésta se cumpliera; son tus enemigos mortales, desahuciados del infierno de tu cuerpo, contra ellos habrás de luchar por la supremacía.

Las fuerzas que exhiben son las tuyas propias, se han apoderado de ellas para mantenerte en la esclavitud. No pueden vivir más que a costa de tu vida, pero si los vences, se derrumbarán, se convertirán en dóciles instrumentos que podrás mantener a tu antojo. Son innumerables las víctimas que se han cobrado entre los hombres. Repasa la historia de los visionarios y los sectarios, constatarás que la vía que sigues está cubierta de cráneos.

De forma inconsciente la humanidad ha levantado un muro contra ellos: el materialismo. Este muro constituye una protección infalible; es un símbolo del cuerpo y al mismo tiempo es una prisión que impide ver lo que hay más allá.

Ahora, cuando el muro se desmorona lentamente y el fénix de la vida interior renace de sus cenizas, los

alimoches de otro mundo comienzan también a batir sus alas. Por ello ten cuidado. Sólo la balanza en la que pesarás tu conciencia te podrá indicar si puedes fiarte de las apariciones, cuanto más despierta esté tu conciencia en mayor medida se inclinará a tu favor la balanza.

Si un guía o un hermano espiritual se te aparece, tendrá que hacerlo sin saquear tu conciencia; como el incrédulo Tomás, podrás poner tu mano en su costado. Sería fácil evitar las apariciones y sus peligros, bastaría que te comportaras como una persona normal. ¿Pero que ganarías con ello? Quedarías aprisionado en la cárcel de tu cuerpo hasta que el verdugo “muerte” te arrastrara al cadalso.

El deseo de los mortales de contemplar a los seres sobrenaturales despierta simultáneamente a los fantasmas de los infiernos, porque es un deseo impuro, ávido, porque prefiere “tomar” en lugar de suplicar que se le enseñe a “dar”.

Toda persona que vive en la Tierra como en una prisión, todo ser piadoso que implora su salvación, todos conjuran sin darse cuenta el mundo de los fantasmas. Hazlo tú también. ¡Pero hazlo conscientemente! ¿Existe una mano que guarda a aquellos que lo hacen inconscientemente, convirtiendo en islotes los pantanos donde deberían extraviarse inexorablemente? No quisiera negarlo rotundamente, ya que no lo sé, pero no lo creo.

Cuando tu camino atraviere el reino de los fantasmas, te percatarás poco a poco de que no son más que pensamientos que de golpe se han hecho visibles. Esta es la razón de que te parezcan extraños y adopten formas de criaturas, el lenguaje de las formas es distinto del lenguaje del cerebro. Entonces habrá llegado el momento de que se lleve a cabo en ti una transformación insólita: las personas que te rodean se convertirán en



fantasmas. Todos los seres que has amado se convertirán súbitamente en espectros. Incluido tu propio cuerpo.

Es la soledad más terrible que uno pueda imaginar, la soledad de un peregrino en un desierto donde quien no sabe hallar la fuente de la vida está condenado a morir de sed.

Cuanto acabo de decirte está escrito igualmente en los libros de los hombres piadosos de todos los pueblos: la venida de un nuevo reino, la vigilia, la superación del cuerpo y de la soledad. No obstante, un abismo infranqueable nos separa de estos religiosos, ellos creen que los hombres buenos entraran un día en el paraíso, y que los malos serán arrojados a las tinieblas del infierno, nosotros sabemos que llegará un tiempo en el que muchos despertarán y serán separados de los que duermen, como los amos se separan de los esclavos.

Los que están dormidos no pueden comprender a los despiertos. Nosotros sabemos que el bien y el mal no existen, sino sólo la verdad y el error.

Ellos creen que el estado de vigilia consiste en entregarse a las oraciones, manteniendo abiertos los ojos y los sentidos durante toda la noche, nosotros sabemos que el estado de vigilia es un despertar del Yo inmortal, y que la falta de sueño experimentada por el cuerpo es una consecuencia natural de ese despertar.

Ellos creen que hay que descuidar y despreciar al cuerpo porque es pecaminoso, nosotros sabemos que el pecado no existe, que tenemos que comenzar por el cuerpo y que hemos bajado a la Tierra para transformarlo en espíritu. Ellos creen que para purificar el espíritu es necesario retirarse a la soledad con el cuerpo, nosotros sabemos que hay que incomunicar primero al espíritu para transfigurar el cuerpo.

Sólo a ti te incumbe elegir tu camino, el nuestro o el de ellos. Tu elección debe efectuarse por tu propia y libre

voluntad. Yo no tengo derecho a aconsejarte. Vale más cosechar el fruto amargo de la propia iniciativa que seguir un consejo ajeno y contemplar un fruto dulce en el árbol.

No actúes como tantos que pese a conocer muy bien lo que está escrito: “examinad todas las cosas y conservad de entre ellas la mejor”, no examinan nada y conservan lo primero que se les presenta.

\* \* \*

## EL FENIX

En el día de hoy has sido admitido en nuestra comunidad, eres un nuevo eslabón de la cadena que se extiende de eternidad en eternidad. Mi responsabilidad termina aquí, pasa a manos de otro a quién tú no puedes ver en tanto que tus ojos no dejen de pertenecer a la tierra. Está infinitamente lejos de ti y, sin embargo, está muy cerca, no lo separa de ti el espacio, pero está más allá de los límites del universo. Te rodea por todas partes como el agua rodea al nadador en el océano, pero tú no sientes su presencia.

Nuestro símbolo es el fénix, el símbolo del rejuvenecimiento, el águila legendaria del cielo de Egipto, un águila de plumaje purpúreo y dorado que tras consumirse en su nido de mirra vuelve siempre a renacer de sus cenizas. Te dije que el principio del camino es tu propio cuerpo, quien sabe esto puede iniciar el viaje en cualquier momento.

Ahora te enseñare a dar los primeros pasos: Debes separarte de tu cuerpo, pero sin querer abandonarlo, desprendiéndote de él como si aislaras la luz de la calor. Ahí acecha tu primer enemigo. Quien se arranca de su cuerpo para atravesar los espacios corre el riesgo de hacer lo mismo que las brujas, que no hacen más que extraer un

cuerpo fantasmal de su grosero cuerpo terrestre, y montarlo como una escoba para acudir al aquelarre.

La humanidad, con un instinto seguro, se ha forjado una protección contra ese peligro: se reserva siempre una incrédula sonrisa frente a la posibilidad de tales artilugios. Tú ya no necesitas la duda para protegerte, tú tienes en lo que te he dado una armadura mucho más eficaz. Las brujas se imaginan estar participando en el aquelarre mientras que en realidad su cuerpo yace rígido e inconsciente en la habitación. Cambian la percepción terrestre por otra espiritual y dejan escapar lo mejor para ganar lo peor, en lugar de enriquecerse se empobrecen.

Ya habrás deducido que ese no es el camino del despertar. Para comprender que tú no eres tu cuerpo, en contra de lo que piensan la mayoría de los humanos, debes reconocer las armas con las cuales lucha por dominarte. Es cierto que por el momento estás en su poder, tu vida se apagaría si tu corazón dejara de latir y todo se hace oscuridad cuando él cierra los ojos.

Tú crees que te mueves, pero sólo es una ilusión, es él quien se mueve sirviéndose de tu voluntad. Tú crees pensar pero es él quien los genera, te hace creer que proceden de ti para que hagas todo lo que quiera.

Siéntate erguido y proponte no mover ni un sólo miembro, no parpadear, quedarte inmóvil como una estatua, veras cómo se abalanza sobre ti inmediatamente, lleno de odio, para obligarte a que te sometas nuevamente a él. Te combatirá de mil maneras hasta que le permitas moverse de nuevo, su descomunal furor y su precipitación en la lucha te puede indicar hasta qué punto teme por su supremacía, y lo grande que debe ser tu poder para que recele tanto de ti.

Pero tu cuerpo esconde una trampa, pretende inducirte a pensar que es en este terreno, el de la voluntad interior, donde se libra la batalla decisiva por la

supremacía, pero esto solamente son escaramuzas en las cuales, si fuera necesario, estaría dispuesto a dejarte vencer con objeto de subyugarte después aún más ferozmente. Los que consiguen la victoria en tales escaramuzas se convierten en los más desgraciados de los esclavos; se toman por vencedores y llevan en la frente un estigma: “carácter fuerte”.

El fin que tú persigues no consiste en disciplinar tu cuerpo, le prohíbes moverse con la única intención de reconocer las fuerzas de que dispones. Dichas fuerzas son numerosísimas, y por ello, casi insuperables. Podrás sentir cómo las dirige contra ti, una tras otra, si perseveras en esta medida aparentemente tan simple: permanecer inmóvil. Primero experimentarás la potencia de los músculos que tienden a vibrar y temblar, el hervor de la sangre bañando de sudor tu rostro, los latidos violentos de tu corazón, escalofríos en la piel hasta que el vello se te eriza, vacilar todo tu cuerpo como si el centro de gravedad se hubiese desplazado. Todo esto podrás superarlo a través de la voluntad, pero no será solamente la voluntad: habrá ya un estado superior de vigilia escondido detrás de ella, invisible bajo su yelmo mágico.

Incluso esta victoria carece de valor. Aunque llegaras a controlar tu respiración y los latidos de tu corazón continuarías siendo un “fakir”, un “pobre”. ¡Un pobre!, la palabra lo dice todo.

Los siguientes adversarios que te opondrá tu cuerpo son los escurridizos enjambres de moscas del cerebro, los pensamientos. Contra ellos ya no sirve la espada de la voluntad. Cuando más la blandas, más furiosamente zumbarán a tú alrededor, y si lograras ahuyentarlos, aunque sólo fuera un instante, serías vencido de otro modo: durmiéndote, en los sueños.

En vano les ordenarás que se mantengan quietos, sólo hay una manera de escapar de ellos: refugiándote en el estado de vigilia superior.

La forma de alcanzar ese nivel debes hallarla por ti mismo. Tu sensibilidad tendrá que tantear incesante y cautelosamente, y al mismo tiempo tendrás que exhibir una férrea decisión. Eso es todo lo que puedo decirte sobre el tema. Cualquier consejo que se te diera en relación con esta penosa lucha sería como un veneno.

Estás frente a un escollo que nadie, salvo tu mismo, puede ayudarte a franquear. No hace falta que ahuyentes los pensamientos para siempre. La lucha contra ellos tiene un propósito claro: llegar al estado superior de vigilia.

Después de alcanzar dicho estado se te acercará el reino de los fantasmas de que te hablé. Surgirán formas espantosas, luminiscentes, querrán hacerte creer que proceden de otro mundo. Pero no serán sino pensamientos que todavía no habrás dominado, pensamientos que adoptan una forma invisible. Recuerda esto: ¡Cuanto más majestuosa sea su apariencia, más nocivos resultarán para ti! Muchas falsas creencias se elaboraron a partir de estas apariciones, haciendo que la humanidad retrocediera hacia las tinieblas. No obstante, cada uno de estos fantasmas posee un sentido profundo; no son sólo imágenes. En lo que a ti se refiere, y entiendas o no su lenguaje simbólico, son las marcas que señalan el nivel que has alcanzado en tu evolución espiritual.

La etapa siguiente ya te la mencioné, en ella tus contemporáneos se convertirán en fantasmas ante tus ojos. Esta etapa, como todo lo relacionado con el dominio espiritual, alberga simultáneamente el veneno y el antídoto. Si te estancas en el punto de considerar a los humanos como fantasmas, entonces sólo habrás

absorbido el veneno, y serás como aquel de quien dicen las escrituras: “si no tienes amor, estás vacío como el metal que resuena”.

Pero si descubres el sentido oculto en cada una de estas sombras humanas, verás con los ojos del espíritu, y no sólo su núcleo vivo, sino también el tuyo propio.

Entonces te será devuelto cuanto té fue quitado, como a Job. Estarás... de nuevo....donde estabas antes, como gustan comentar irónicamente los insensatos. No saben que es muy distinto volver a casa tras una larga estancia en el extranjero que no haber salido nunca de ella. Una vez hayas alcanzado este punto, nadie sabe si se te concederán los poderes milagrosos que poseían los profetas de la antigüedad, o si en lugar de ello encontrarás la paz eterna.

Tales fuerzas constituyen un don deliberado de quienes detentan la clave de los misterios. Si la recibes y te sirves de ellas, debe ser en interés de la humanidad, que necesita signos así.

Nuestra vía acaba en plena madurez, cuando la hayas conseguido serás digno de recibir el regalo de los poderes. ¿Te serán concedidos? No lo sé. Pero de las dos maneras te habrás convertido en un fénix, en tu mano está alcanzarlo por la fuerza.

Antes de despedirme de ti quisiera enseñarte cómo podrás reconocer un día, en el momento del “gran equinoccio” si estas llamado a obtener el don de las fuerzas milagrosas. Escucha: Uno de aquellos que poseen la clave de los misterios se quedó en la Tierra para buscar y agrupar a los llamados. Al igual que él no puede morir, su leyenda tampoco morirá.

Algunos sospechan que se trata del “Judío Errante”, otros lo llaman Elías. Los gnósticos pretenden identificarlo con Juan el Evangelista. Cualquiera que afirma haberlo visto describe su aspecto de modo distinto. No te dejes

desconcertar si en el futuro encuentras personas que te lo describan así.

Es muy natural que cada uno lo vea de una manera. Un ser como él, que ha transformado su cuerpo en espíritu, ya no está ligado a ninguna forma fija. Un ejemplo te mostrará que tanto su forma como su rostro no pueden ser sino imágenes, imágenes que son una fantasmal apariencia de lo que en realidad es. Supón que se te aparece como un ser de color verde. El verde, aunque puedas verlo, no es ningún color en sí mismo, resulta de la combinación del azul y el amarillo.

Esto lo saben todos los pintores. Pero pocos son los que saben que el mundo que nos rodea es como el color verde, que en verdad no es lo que parece ser. Deduce de este ejemplo que si se te apareciera como hombre de rostro verde, ello significará que su auténtico rostro aún no te ha sido revelado. Si lo ves tal como es en realidad, es decir, como una forma geométrica, como un sello en el cielo que nadie salvo tú puede ver, entonces sabrás que estás llamado a obrar milagros.

No es vano el que nuestro camino se denomine la vía pagana: lo que los creyentes llaman Dios no es sino un estado que ellos mismos podrían alcanzar si fueran capaces de creer en sí mismos. Pero en su incurable ceguera se han creado un obstáculo que no osan franquear, se han fabricado una imagen para adorarla en lugar de convertirse en ella.

Infelices aquellos cuyas súplicas sean oídas después de rezar a un ídolo. Perderán su yo, puesto que nunca jamás serán capaces de creer que el favor se lo proporcionaron ellos mismos. Cuando tu yo invisible aparezca en ti como una realidad, lo reconocerás por el hecho de que proyecta una sombra. Yo tampoco supe quién era hasta el día en que vi mi cuerpo como una sombra. Llegara el día en el cual los hombres, los seres

humanos, proyectarán sombras luminosas sobre la tierra en lugar de las avergonzantes manchas negras de ahora, y nuevas estrellas se levantarán. ¡Contribuye tú también a que se haga la luz!

\* \* \*

El camino blanco, casi nadie puede soportarlo; sólo aquel que ha nacido para caminar. A la mayoría de personas las asusta más el camino que la tumba. Prefieren volver a yacer en el ataúd porque piensan que esto será la muerte y que en ella tendrán sosiego; en realidad, ese ataúd es la carne, la vida.

¡El hecho de que uno nazca en la tierra no es otra cosa que ser enterrado en vida! Es mejor aprender a caminar por el camino blanco. Sólo que no se debe pensar en el fin del camino, pues entonces no se resiste, ya que no tiene fin; es infinito. El sol que brilla en, la montaña es eterno. La eternidad y lo infinito son dos cosas distintas. Sólo para aquel que busca la eternidad en lo infinito son lo infinito y la eternidad una sola cosa.

La caminata por el camino blanco tiene que emprenderse por el gusto de caminar, por el placer de caminar y no para cambiar un descanso temporal por otro. El sosiego, no el descanso, está solamente en el sol de las montañas. Permanece en silencio y todo gira alrededor de él. Ya su precursora, el alba, irradia eternidad; por eso la adoran los escarabajos y moscas, que se mantienen inmóviles en el aire hasta que sale el sol.

Los hombres que han puesto su suerte en manos del espíritu que mora en ellos mismos se rigen por la ley espiritual. Se han emancipado de la tutela de la tierra, cuyos dueños serán un día. Los sucesos que les ocurren tienen un sentido, sirven siempre para impulsarlos hacia adelante. Quien busca correctamente no puede hallar una mentira.



No existe mentira en la que no pueda descubrirse la verdad. Sólo es necesario que el que busca se encuentre en el punto justo.

Todos los arquitectos, pintores, escultores, orfebres y cinceladores de aquel tiempo eran masones. Sin embargo, y ahora llegamos a la cuestión, sólo conocían los ritos exteriores y únicamente los comprendían en el sentido ético; eran meros instrumentos con el único fin de guardar para la posteridad ciertos secretos en forma simbólica hasta que llegara el momento oportuno.

No obstante, quedaban estancados en el camino y no adelantaban porque siempre esperaban que una boca humana pudiera darles la llave que abriría la puerta; no intuían que se halla enterrada en el mismo ejercicio del arte; no comprendían que el arte oculta un sentido más hondo que sólo pintar cuadros o crear obras poéticas, y que es el siguiente: inspirar una especie de sentido supersensible del tacto y la percepción en el artista, cuya primera manifestación se llama «sentimiento correcto del arte».

Asimismo un pintor actualmente vivo podrá hacer resucitar de nuevo en sus obras aquellos símbolos si a través de su profesión se abren los sentidos ocultos a las influencias de este poder. No necesita para nada conocerlos de labios de un ser viviente ni ser aceptado en esta o aquella logia.

Por el contrario: con claridad mil veces mayor que la lengua humana habla la «boca en los otros artistas (que llamaré los ungidos) el espíritu invisible». ¿Qué es el verdadero arte sino la creación salida del reino eterno de la abundancia?

No cabe duda de que existen personas que pueden ostentar con pleno derecho el nombre de «artista» ¿Cómo podemos explicamos a semejantes naturalezas artísticas?

Quiero decirlo: un artista es un hombre en cuyo cerebro lo espiritual y lo mágico mantienen la preponderancia sobre lo material. Esto puede suceder de dos maneras: en una de ellas (que podríamos llamar la «demoníaca», el cerebro está a punto de degenerarse por el libertinaje, la sífilis y los vicios habituales; entonces pesa menos, por así decirlo, en la balanza del equilibrio y aparecen por sí mismos una «mayor pesadez o presencia en el mundo visible» y un descenso de lo mágico: el platillo de la espiritualidad baja, sólo porque el otro es más ligero y no porque él mismo sea más pesado. En este caso rodea a la obra de arte el tufo de la descomposición. Es como si el espíritu llevase un vestido de putrefacción fosforescente.

Tu has ganado la batalla contra el animal, como en el caballero Jorge: en ellos el platillo del espíritu baja en el mundo visible a causa de su propio peso. Entonces el espíritu lleva la túnica dorada del sol.

Sin embargo, en ambos casos el equilibrio de la balanza se produce a favor de lo mágico; en el hombre ordinario, sólo el animal tiene peso; en cambio, tanto el «demoníaco» como el «ungido» son movidos por el viento del reino invisible de la abundancia, uno por el viento del norte, otro por el aliento del amanecer. Por el contrario, el hombre ordinario continúa siendo un tronco fijo.

La culpa y el mérito deben ser lo mismo, pues de lo contrario se convierten en una carga; y un hombre cargado no puede ser nunca un hombre libre. Libre de culpa o mérito, por ello, libre de toda ilusión. Sólo quien aún se imagina cosas, pone una carga sobre sí mismo o sobre los demás. Quien ha rebasado el límite se convierte en eslabón de una cadena, una cadena formada por manos invisibles que no se sueltan nunca más hasta el fin de los días; pertenece en lo sucesivo a una comunidad en la cual

cada individuo tiene una misión destinada únicamente a él. El espíritu de esta comunidad impregna a toda nuestra tierra; está presente en todo tiempo, es el espíritu vital del gran saúco. De él han brotado las religiones de todos los tiempos y pueblos; ellas cambian, pero él no cambia nunca. Quien se ha convertido en copa y lleva en sí mismo, conscientemente, la raíz original, entra conscientemente en esta comunidad a través de la vivencia del misterio.

Del mismo modo que un hombre no puede comprender el sentido de un libro si sólo lo sostiene en la mano u hojear sus páginas sin leerlas, tampoco el curso de su destino puede aportarle ningún provecho si no entiende el sentido; los acontecimientos se suceden como las páginas de un libro, vueltas por la muerte; él sólo sabe que aparecen y desaparecen, y con la última llega el final del libro.

Ni siquiera sabe que volverá a ser abierto una y otra vez hasta que por fin aprenda a leer. Y mientras no haya aprendido, la vida será para él un juego sin valor, compuesto de alegría y sufrimiento. En cambio, cuando finalmente empiece a comprender su lenguaje vivo, su espíritu abrirá los ojos y comenzará a respirar y a leer.

El libro del destino de cada hombre está lleno de sentido en la raíz, pero sus letras bailan y se confunden para aquellos que no se toman la molestia de leerlas tranquilamente, una detrás de otra y tal como están colocadas.

Son los atolondrados, los codiciosos, los ambiciosos, los que fingen cumplir su deber, los envenenados por la ilusión de poder dar a su destino una forma distinta de la prescrita por la muerte en el libro. En cambio, aquel que ya no presta atención al acto de hojear, al ir y venir de las páginas, y no se alegra ni llora con ellas y se esfuerza por comprender una palabra tras otra como un lector atento,

con la mente en tensión, verá pronto abrirse para él un libro del destino más elevado, hasta que tenga ante sí, como algo definitivo y sublime reservado a los elegidos.

Éste es el único camino para escapar de la cárcel de la fatalidad; cualquier otro proceder es una agitación atormentada y vana en las fauces de la muerte.

Los más pobres de la vida son los que han olvidado que existe una libertad fuera de la cárcel, como aquellas aves nacidas en una jaula, satisfechas ante el comedero lleno, que se han olvidado de volar. Para ellos no habrá nunca más una liberación.

El cuerpo no es capaz de nada, el espíritu lo puede todo. Desecha todo lo que es cuerpo y cuando tu Yo esté totalmente desnudo, empezará a respirar como espíritu puro. Unos empiezan de una manera, otros de otra, cada uno según la fe en que ha nacido. Unos, a través de una ardiente nostalgia del espíritu; otros a través de la perseverancia en el sentimiento de la certeza: procedo del espíritu y sólo mi cuerpo de la tierra.

Quien no profesa religión alguna, pero cree en la tradición, acompaña todo el trabajo de sus manos, aun el menor, con el pensamiento constante: lo hago con el único fin de que lo espiritual que hay en mí empiece a respirar conscientemente.

Creía entonces, como lo creyó mi padre hasta su muerte, que el alma puede enriquecerse con más experiencias y que la vida en el cuerpo le resulta útil para este fin. También el tatarabuelo me había hablado en este sentido. Hoy sé que el alma de los seres humanos es omnisciente y todopoderosa desde el principio y que lo único que el hombre puede hacer por ella es: apartar todos los obstáculos que dificulten su desarrollo.

¡Sí está a su alcance hacer algo! El secreto más profundo de todos los secretos y el enigma más oculto de

todos los enigmas es la transformación alquimista de la... forma.

El camino oculto al renacimiento en el espíritu, mencionado por la Biblia, es una transformación del cuerpo y no del espíritu. El espíritu se expresa por medio de la forma; la cincela y amplía constantemente, empleando el destino como instrumento; cuanto más rígida e imperfecta sea, tanto más rígida e imperfecta será la clase de la revelación espiritual; cuanto más agradable y delicada sea, con tanta mayor diversidad se manifestará el espíritu. Sólo Dios, el espíritu puro, la transforma y espiritualiza los miembros para que lo más profundo, el ser primitivo, no dirija su oración hacia fuera, sino que adore miembro por miembro la propia forma como si la divinidad viviera oculta en cada una de sus partes bajo una imagen diferente.

El cambio de forma a que me refiero no es visible para el ojo externo hasta que el proceso alquimista de la transformación toca a su fin; su comienzo tiene lugar en lo oculto, en las corrientes magnéticas que determinan el sistema de ejes de la estructura corporal; primero cambia la mentalidad del ser, sus inclinaciones e impulsos, y luego sigue el cambio del comportamiento y con él la transformación de la forma, hasta que ésta se convierte en el cuerpo resucitado del Evangelio.

\* \* \*



## EL RELOJERO

«¿Esto?, ¿arreglarlo?, hacer que marche otra vez ?», preguntó asombrado el anticuario, empujando sus gafas hasta la frente y mirándome perplejo. « ¿Por qué quiere usted ponerle en marcha? ¡Si sólo tiene una manilla!... ¡y la esfera carece de cifras!», agregó observando cuidadosamente el reloj a la viva luz de una lámpara, «en lugar de las horas sólo tiene rostros florales, cabezas de animales y de diablos».

Empezó a contar; después alzó su rostro con un interrogante en su mirada: « ¿Catorce? ¡El día se divide en doce horas! En mi vida he visto una obra más extraña. Le daré un consejo: déjelo como está. Doce horas al día son ya bastante difíciles de soportar. ¿Quién se tomaría hoy el trabajo de descifrar la hora según este sistema numérico? Sólo un loco.»

No quise decir que toda mi vida había sido yo ese loco, que nunca había poseído otro reloj, y que quizás por eso había venido demasiado pronto, y guardé silencio.

De ello dedujo el anticuario que mi deseo de ver al reloj funcionando de nuevo seguía imperturbable; sacudió la cabeza, tomó un cuchillito de marfil y abrió cuidadosamente la caja guarnecida de piedras preciosas y donde -de pie sobre una cuadriga- se veía una criatura fantástica pintada en esmalte: un hombre con pechos de mujer, dos serpientes a modo de piernas; su cabeza era la de un gallo. En la mano derecha llevaba el sol y en la izquierda un látigo.

«Seguramente se trata de un antiguo recuerdo de familia», adivinó el anticuario. « ¿No dijo usted antes que se había parado esta noche? ¿A las dos? Esta pequeña cabeza de búfalo roja con dos cuernos indica seguramente la segunda hora.»

No recordaba haber dicho algo semejante, pero, en efecto, el reloj se había parado la noche pasada a las dos. Es posible que hubiera hablado de ello, pero yo no podía recordar nada: me sentía aún muy afectado, pues a esa misma hora había sufrido un grave ataque de corazón y creí que me moría. En un estado de semi-inconsciencia vacilante me había aferrado a un pensamiento: si se pararía o no el reloj. Mis sentidos, ya oscurecidos, me hicieron sin duda confundir el corazón y el reloj asociándolos a una misma idea. Quizá los moribundos piensen de modo parecido. ¿Quizá por eso es tan frecuente que los relojes se paren cuando sus dueños mueren? Desconocemos la fuerza mágica que un pensamiento puede llevar consigo.

«Es curioso», dijo el anticuario después de un rato; mantenía la lupa bajo la lámpara, de modo que un foco de luz cegadora incidía sobre el reloj, y me indicaba unas letras que estaban grabadas en la cara interna de la tapa dorada. Entonces leí: «Summa Scientia Nihil Scire».

«Es curioso», repitió el anticuario, «este reloj es la obra de un loco. Ha sido hecho en nuestra ciudad. No creo equivocarme. Existen muy pocos ejemplares de éstos. Nunca había pensado que pudieran funcionar realmente. Creí que eran sólo el pasatiempo de un loco, que tenía el pequeño capricho de escribir su divisa en todos sus relojes: “La mayor sabiduría nada es”.

No entendí bien lo que quería decir. ¿Quién podía ser ese loco al que se refería? El reloj era muy antiguo, procedía de mi abuelo, pero lo que el anticuario acababa de decir que sonaba como si el “loco” cuyas manos habían construido el reloj viviera todavía. Antes de que pudiera formular la pregunta apareció en mi imaginación -con más claridad y nitidez que si atravesara la habitación- un hombre que avanzaba en medio de un paisaje invernal, la figura alta y delgada de un anciano, iba sin sombrero, su



pelo tupido y blanco como la nieve ondeaba en el viento y su cabeza-contrastando con su elevada figura- parecía pequeña, su rostro sin barba y de rasgos agudamente recortados, los ojos negros y muy juntos, como los de un pájaro de presa. Vistiendo un descolorido abrigo largo de terciopelo raído, como los que llevaban en su tiempo los patricios de Nüremberg, caminaba por aquellos parajes.

«Exactamente», murmuró el anticuario asintiendo con aire distraído, «exactamente: el loco» « ¿Por qué ha dicho exactamente?», Pensé. «Por casualidad», añadí inmediatamente; «sólo son palabras vacías. ¡Si yo no he abierto la boca!» Como sucede con frecuencia, ha usado ese “exactamente” para subrayar una frase que acababa de pronunciar; no se refiere en modo alguno a la imagen del anciano que yo estaba recordando; no tiene relación alguna en mi memoria, para despertar hoy, irrumpiendo con a la escuela, tenía que pasar siempre por un muro largo y desolado que rodeaba un parque de olmos. Día a día, durante años incluso, mis pasos se iban haciendo más rápidos a medida que recorría el muro, pues siempre me invadía una incierta sensación de temor.

Posiblemente -hoy ya no lo recuerdo- porque me imaginaba (o tal vez lo había oído decir) que allí vivía un loco, un relojero que aseguraba que los relojes eran seres vivientes... ¿o me equivocaba? Si hubiera sido un recuerdo de algún suceso de mis tiempos escolares, ¿cómo es posible que una sensación mil veces vivida haya dormitado en mi memoria, para despertar hoy irrumpiendo con tal vehemencia? Evidentemente, habían transcurrido cuarenta años desde aquello; ¿pero era ésta una razón suficiente?

«Quizá lo haya vivido en el tiempo en que mi reloj señala una hora que no es la acostumbrada», exclamé en tono divertido. El anticuario se quedó mirándome extrañado al no entender el sentido de mis palabras.

Continué cavilando y llegué a una conclusión: el muro que rodea el parque debe existir todavía. ¿Quién se hubiera atrevido a demolerlo? Entonces corría ya el rumor de que eran las murallas básicas de una iglesia que debería ser terminada en el futuro. ¡Nadie destruye una cosa así! ¿Viviría aún el relojero? Seguramente él podría arreglar mi reloj, al que yo tanto amaba. ¡Si supiera al menos cuándo y dónde le vi! No podía haber sido recientemente, pues estábamos en verano y según la visión que tuve, su imagen aparecía en medio de un paisaje invernal.

Estaba tan inmerso en mis pensamientos que no podía seguir las largas explicaciones que, de repente, había iniciado el anticuario. Sólo de vez en cuando, percibía algunas frases deslavazadas que llegando a mí en un murmullo enmudecían después como un romper de olas en la playa; en las pausas sentía zumbir mis oídos y hervir la sangre como todo hombre viejo cuando escucha atentamente; sólo el ruido del trajín cotidiano le hace olvidarlo; es un zumbido lejano implacable y amenazante: el aleteo del buitre que remontándose desde los abismos del tiempo se va acercando lentamente y cuyo nombre es «muerte»...

No sabía a ciencia cierta si el que me hablaba era el hombre que tenía el reloj en la mano o ese ser que hay en mí, y que a veces despierta en un corazón solitario -cuando alguien se acerca al armario que contiene los recuerdos olvidados- para cuidar, como secreto guardián solícito, de que estos recuerdos no mueran. En ocasiones me sorprendía a mí mismo corroborando algo que decía el anticuario y luego pensaba: ha expresado alguna idea que me era conocida; pero cuando trataba de reflexionar sobre ella no me era posible sacarla del pasado y percibirla intelectualmente. No: las ideas permanecían rígidas como figuras sin vida; el sonido de las palabras se extinguía antes que el oído pudiera transmitir su mensaje a la mente. No com-

prendía ya su sentido. Pasando del reino temporal al reino espacial, parecían rodearme como máscaras muertas.

«Si el reloj funcionara de nuevo», dije exteriorizando el martirio de mis reflexiones e interrumpiendo con ello el discurso del comerciante. Lo había dicho refiriéndome a mi corazón, pues sentía que quería olvidarse de latir y me aterrorizaba la idea de que la manecilla de mi vida pudiera pararse de repente ante una flor fantástica, un animal o un demonio, como de hecho se había parado el reloj ante la cifra que indicaba las catorce horas. Así yo quedaría expulsado para siempre a la eternidad de un tiempo ya transcurrido. El anticuario me devolvió el reloj; seguramente creyó que me había referido a éste.

Mientras recorría desiertas callejuelas nocturnas, cruzaba plazas adormecidas y pasaba por casas soñolientas iluminadas por farolas centelleantes, hube de pensar -por la seguridad con que avanzaba- que el anticuario me había indicado donde vivía el relojero sin nombre, y donde estaba el muro que rodeaba el parque de olmos. ¿No fue él quien me dijo que sólo el viejo podía curar a mi reloj en-fermo? ¿Quién sino él podía haberme dado tal seguridad!

También debió describirme -sin que yo fuera consciente de ello- el camino que conducía a su casa, pues mis pies parecían conocerlo exactamente: ellos me llevaron a las afueras de la ciudad haciéndome recorrer una calle blanca que atravesando olorosas praderas estivales parecía conducir a la infinitud. Pegadas a mis talones me seguían dos negras serpientes, que atraídas por la clara luz de la luna habían salido de la tierra. Quizá fueran ellas las que me sugerían aquellos pensamientos envenenados: no le encontrarás, hace cien años que murió.

Para escapar de ellas torcí rápidamente a la izquierda, adentrándome en un sendero; entonces apareció mi sombra surgiendo asimismo del suelo y las devoró.

Ha acudido para guiarme, pensé, y sentí un profundo alivio al verla caminar segura, sin vacilar un instante; continuamente la miraba sintiéndome feliz al no tener que cuidarme del camino. Poco a poco fue acudiendo a mi mente aquella extraña sensación indescriptible que había tenido en mi niñez cuando, jugando conmigo mismo, cerraba los ojos y caminaba con paso seguro sin preocuparme de una posible caída: es como si el cuerpo escapara de todo temor terreno, como un jubiloso grito interior, como un reencuentro con el yo inmortal que exclama: ¡ahora no me puede ocurrir nada!

Entonces apareció el enemigo hereditario que el hombre lleva en sí: la fría y lúcida razón y con ella la última duda de que quizá no encontrara a aquel que buscaba.

Después de caminar largo rato mi sombra se deslizó rápidamente en una zanja que había a lo largo de la calle y desapareció, dejándome solo; entonces supe que había llegado a la meta. ¡En caso contrario no me hubiera abandonado! Con el reloj en la mano me encontré de repente en la estancia del hombre que -yo lo sabía a ciencia cierta- era el único que podía hacerlo funcionar de nuevo.

Sentado ante una pequeña mesa de arce contemplaba inmóvil a través de una lupa -fijada a su frente por una correa- un objeto diminuto y brillante que yacía sobre la mesa de clara madera vetada. En la blanca pared que se encontraba a sus espaldas había una inscripción con letras en forma de arabescos y ordenadas en círculo como si fueran las cifras de un gran reloj: «Summa Scientia Nihil Scire».

Respiré profundamente: ¡aquí estoy a salvo! Este exorcismo alejaba de mí la odiada e imperiosa necesidad de pensar, aquellas cavilaciones apremiantes: ¿Cómo has entrado? ¿A través del muro? ¿Por el parque?

En un estante cubierto de terciopelo rojo aparecen en gran número -quizá lleguen al centenar- toda clase de relojes: esmaltados en azul, en verde, en amarillo; decorados con joyas o grabados, unos reducidos al esqueleto, otros lisos y con entalladuras, algunos aplastados o en forma de huevo. Aunque no se los oye -su tic-tac es demasiado débil-, el aire que los rodea se presiente cargado de vida; como si allí estuviese enclavado un reino de enanos en afanoso trajín.

Sobre un basamento hay una pequeña roca de feldespatos carnosos, de la que surgen -formadas por piedras de bisutería- flores multicolores; entre ellas, un esqueleto humano con su correspondiente guadaña, que espera -con aire inocente- el momento de segarlas. Se trata de un «relojito de la muerte» de estilo romántico-medieval. Cuando comienza la siega, golpea con su guadaña el fino cristal de la campana, que, como una pompa de jabón o como el sombrero de una gran seta de fábula, está a su lado. La esfera, situada en la parte inferior, parece la entrada de una cueva donde las dentadas ruedas permanecen inmóviles.

De las paredes llegando hasta el techo- cuelgan relojes y más relojes: antiguos, con orgullosas caras costosamente enriquecidas; en actitud descuidada, dejan oscilar su péndulo proclamando, en un bajo profundo, su majestuoso tic-tac.

En la esquina, de pie en su fanal de cristal, una «blancanieves» hace como si durmiera; pero un leve palpitante rítmico indica que nada escapa a su mirada. Otras nerviosas damitas de estilo rococó -el orificio de la llave bellamente decorado- aparecen sobrecargadas de adornos compitiendo -hasta faltarles la respiración- por acelerar el ritmo de los segundos. Los diminutos pajes que las acompañan se apresuran emitiendo risitas sofocadas: zic-zic-zic.

Otros, formados en larga fila y cubiertos de hierro, plata y oro, como caballeros armados, parecen borrachos que dormitan emitiendo ronquidos de vez en cuando y haciendo sonar sus cadenas como si al despertar de su embriaguez fueran a luchar con el mismísimo Cronos.

En una cornisa, un leñador con pantalones tallados en caoba, y nariz de cobre reluciente, mueve la sierra sin cesar, desmenuzando el tiempo en partículas de serrín...

Las palabras del viejo me sacaron de mi ensimismamiento: «Todos han estado enfermos; yo les he devuelto la salud» Le había olvidado, hasta el punto de que al principio creí que su voz era el sonido de uno de los relojes.

La lupa que había empujado hacia arriba aparecía en medio de su frente como el tercer ojo de Schiva y en su interior relucía una chispa: reflejo de la lámpara del techo.

Asintió con la cabeza y me miró con tal fuerza que mis ojos quedaron fijos en los suyos: «Sí, han estado enfermos; han creído que podían cambiar su destino yendo más de prisa o más despacio. Han perdido su dicha cayendo en el error de que podían ser los dueños del tiempo. Librándolos de esta quimera, he devuelto la tranquilidad a sus vidas.

Algunos como tú -saliendo, en sueños, de la ciudad en las noches de luna- encuentran el camino hacia mí y trayéndome su reloj me piden, entre quejas y ruegos, que le sane; pero a la mañana siguiente lo han olvidado todo, incluso mi medicina».

«Sólo aquellos que comprenden mi lema», señaló a sus espaldas, refiriéndose a la frase escrita en la pared, «sólo esos dejan sus relojes aquí, bajo mi tutela».

Algo comenzó a clarear en mí mente: el lema debe encerrar algún misterio. Quise preguntar, pero el anciano levantó la mano en actitud amenazante: «No hay que desear saber; la sabiduría viviente viene por sí sola.

La frase tiene veinticinco letras; son como las cifras de un gran reloj invisible que señala una hora más que los relojes de los mortales de cuyo ciclo no hay escape posible; por eso los “cuerdos” se burlan diciendo: ¡Mira ése! ¡Qué loco! Se burlan y no se dan cuenta del aviso: “No te dejes atrapar por el ciclo del tiempo”. Se dejan guiar por la páfida manilla del “entendimiento”, que prometiéndoles eternamente nuevas horas, sólo les trae viejos desengaños»

El viejo guardó silencio. Con una muda súplica le entregué mi reloj muerto. Lo tomó en su bella mano blanca y delgada y cuando, abriéndolo, echó una mirada a su interior, sonrió casi imperceptiblemente. Con una aguja rozó cuidadosamente la maquinaria de ruedas y tomó de nuevo la lupa. Sentí que un ojo experto examinaba mi corazón.

Pensativamente contemplé su rostro tranquilo. Por qué -me pregunté- le temería yo tanto cuando era niño. De repente me invadió un espanto sobrecogedor: éste, en quien espero y confío, no es un ser verdadero. ¡De un momento a otro va a desaparecer! No, gracias a Dios: era solamente la luz de la lámpara que había vacilado para engañar así a mis ojos.

Y fijando de nuevo mí vista en él, seguí cavilando: ¿Le he visto hoy por primera vez? ¡No puede ser! Nos conocemos desde... Entonces, vino a mí el recuerdo, penetrándome con la claridad del rayo: nunca había caminado -siendo escolar- a lo largo de un muro blanco; nunca había temido que detrás de éste habitase un relojero loco; había sido la palabra «loco» para mí vacía e incomprensible la que en mi niñez me había asustado cuando se me amenazaba con convertirme en «eso» si no entraba pronto en razón.

Pero el anciano que estaba ante mí, ¿quién era? Tenía la impresión de que también esto lo sabía: ¡Una imagen,

no un hombre! ¡Qué otra cosa iba a ser! Una imagen que, como una sombra incipiente, crecía secretamente en mi alma; un grano de semilla que había arraigado en mí, al comienzo de mi vida, cuando en la camita blanca -mi mano en la de aquella vieja niñera- escuchaba medio en sueños aquellas palabras monótonas... que decían... si, ¿cómo decían...?

Sentí en la garganta una sensación de amargura, una tristeza abrasadora: ¡Todo lo que me rodeaba no era más que apariencia fugaz! Quizá dentro de un minuto despierte de mi sonambulismo: me encontraré ahí fuera a la luz de la luna y tendré que volver a casa, junto a los seres vivientes poseídos de entendimiento. ¡Muertos en la ciudad! «En seguida, en seguida termino», oí la voz tranquilizadora del relojero, pero no me sirvió de consuelo, pues la fe que en mi pecho albergara se había extinguido.

¿Cómo decían aquellas palabras de la niñera? Necesitaba, quería saberlo a toda costa... Poco a poco fueron acudiendo a mi memoria sílaba tras sílaba: «Si tu corazón se te para en el pecho, no tienes más que llevárselo; a todo reloj capaz es él de poner de nuevo en marcha»

«Tenía razón», dijo el relojero distraídamente mientras su mano soltaba la aguja; y en aquel instante se deshicieron mis sombríos pensamientos. Se levantó y puso el reloj en estrecho contacto con mi oído; escuché: marchaba regularmente, en concordancia con los latidos de mi corazón. Quise darle las gracias, pero no encontré las palabras; me sentía ahogado de alegría y de vergüenza por haber dudado de él. «No te aflijas», me consoló, «no ha sido culpa tuya». He sacado una ruedecita y la he vuelto a colocar. Estos relojes son muy delicados; a veces no pueden con la segunda hora. ¡Aquí lo tienes! ¡Tómalo de nuevo, pero no digas a nadie que funciona! Se burlarían de ti e intentarían hacerte daño.



Desde la juventud lo has llevado contigo y has creído en las horas que marca: catorce en lugar de la una de la madrugada, siete en lugar de seis, domingo en lugar de día laboral, imágenes en lugar de cifras muertas.

¡Sigue siéndole fiel, pero no lo digas a nadie! ¡Nada hay más estúpido que un mártir que se jacta de serlo! Llévalo oculto en tu corazón y en el bolsillo lleva uno de esos relojes burgueses, oficialmente regulados, con su esfera blanca y negra, para que puedas ver siempre qué hora es para los otros. Y nunca te dejes envenenar por el hedor pestilente de la «segunda hora» Como sus once hermanas, está muriendo. La invade un fulgor rojo prometedor como la aurora. Rápidamente se tornará roja como la llama y la sangre.

Los viejos pueblos del Este la llaman la «hora de los bueyes» Pasan los siglos y ella continúa apaciblemente: el buey ara. Pero súbitamente -en la noche- los bueyes se convierten en búfalos rugientes, el demonio los acucia con sus cuernos y pisotean los campos en una ira ciega y salvaje; luego aprenden de nuevo a cultivar los campos; el reloj burgués se pone de nuevo en marcha, pero sus manecillas no marcan el tiempo -en su trayectoria circular- del animal humano.

Todas sus horas traman algún propósito -cada una con su ideal propio-, pero el mundo se verá invadido por un monstruo.

Tu reloj se ha parado a las dos; la hora de la destrucción. Pero ha tenido la benevolencia de seguir; otros se mueren en ella y se pierden en el reino de la muerte. El ha encontrado el camino hacia aquel de cuyas manos salió. ¡Piensa en esto! Si lo ha logrado es porque tú le has amado y cuidado toda una vida; nunca te has enojado con él, aunque su tiempo no coincide con el de la tierra»

Acompañándome hasta la puerta me tendió la mano al despedirse y dijo: «Hace un momento dudaste si yo vivía o no. Créeme: soy más viviente que tú mismo. Ahora conoces exactamente el camino que te lleva a mí. Pronto nos veremos; quizá pueda enseñarte a curar relojes enfermos. Entonces -señaló el lema escrito en la pared- tal vez esa frase se realice en ti:

«Nihil scire omnia posse No saber nada es poderlo todo».

\* \* \*

EL PAÍS DEL TIEMPO  
DE LAS SANGUIJUELAS  
Gustav Meyrink

En el cementerio de la parroquia del pequeño pueblo de Runkel, un lugar apartado, como fuera del mundo, descansaba para toda la eternidad el cuerpo de mi abuelo. Su tumba de piedra estaba prácticamente cubierta de musgo y apenas se leía el epitafio. Pero bajo dicho epitafio, tan reciente como si hubiera sido hecho ayer mismo, se ven con absoluta claridad cuatro letras alrededor de una cruz:

V	I
V	O

VIVO. Eso quiere decir *estoy vivo*. Ése fue el significado del que recibí noticia cuando leí por primera vez la inscripción, siendo apenas un niño. Una palabra que impresionó tan hondamente mi alma como si el muerto hubiera abandonado su tumba.

VIVO. *Estoy vivo*. Algo extraño, algo muy raro de ver en una tumba de piedra. Algo que aún hoy, al recordarlo, me provoca un vuelco del corazón. Y siempre, cuando rememoro aquel lejano día de mi infancia, experimento la sensación de que caí en un pozo interminable la primera vez que estuve ante la tumba de mi abuelo. La imaginación me hace ver a mi abuelo —al que no conocí vivo— yaciendo en su tumba, incorrupto a pesar del paso del tiempo, con las manos caídas a lo largo del cuerpo, con sus ojos abiertos y translúcidos como el cristal, inmóviles; alguien que ha escapado de la putrefacción y espera paciente y silencioso el momento de resucitar.

He visitado los cementerios de las parroquias de muchos pueblos, guiados mis pasos por un deseo vago, extraño, del que no puedo dar cuenta exacta, sólo para leer los epitafios de las tumbas. Únicamente dos veces vi el anagrama de la cruz con la palabra VIVO, una en Danzig y otra en Nuremberg. En ambos casos el nombre del muerto había sido casi borrado por el dedo del tiempo; en ambos casos la palabra VIVO brillaba con toda la fuerza del instinto indomable de la vida. De joven oí contar que mi abuelo no dejó escrita ni una sola línea. Por eso lo más apasionante, para mí, fue descubrir en el cajón de un viejo escritorio — un recuerdo de familia— cierta cantidad de notas escritas por él y encuadradas como si de un libro se trataran. En una de ellas leí esta extraña sentencia:

*¿Cómo puede escapar un hombre de la muerte, si no es cesando en su espera y renunciando a toda ilusión?*

Eso me hizo atisbar alguna interpretación posible, más allá de su significado, de la palabra VIVO, que acompañaba continuamente mis pensamientos desde aquella edad tan temprana en que la vi y me dijeron qué significaba; una palabra que se me antojaba fantástica, casi un conjuro a repetir miles de veces, tanto como yo me la repetía en mis pensamientos, en sueños, en los momentos más insospechados de la vigilia. Si alguna vez había pensado que fue una mano extraña la que acaso escribiera VIVO en la tumba de mi abuelo, bajo su ya irreconocible epitafio, tras leer aquello que él mismo había escrito en las notas ya no me cupo duda alguna de que para él VIVO tuvo un significado mucho más profundo del que se me dijo cuando era niño y del que yo mismo había supuesto antes de hallar sus escritos. Y como consecuencia de esta intuición comencé a interesarme por la vida del padre de mi padre. Y en tanto lo hice, y en tanto leí y estudié a lo largo de mucho tiempo, todas y cada una de las líneas de aquellas notas, hoja tras hoja, confirmé que mi intuición primera contenía un razonamiento verosímil.

Muchas de esas notas, sin embargo, tienen un carácter tan privado que no sería propio darlas a conocer a otros ojos. Eso justifica que no entre yo en detalles, salvo en el caso de alguien que aparece ahí citado muchas veces, Johann Hermann Obereit.

Lo que sí parece evidente a través de sus notas, a las que bien podríamos llamar sucintas memorias, es que mi abuelo fue miembro de una sociedad secreta llamada: Los de Philae, una orden que hundía sus raíces en el antiguo Egipto y que había sido fundada, al parecer, por el legendario Hermes Trismegistus.

Mi abuelo había anotado incluso ciertos rituales secretos y los signos para que los miembros se reconocieran entre sí. El nombre de Johann Hermann Obereit, como he dicho, aparecía frecuentemente citado. Fue químico y gran amigo de mi abuelo, por lo que pude entrever; tengo la impresión de que incluso vivieron juntos en Runkel.

Como es lógico, sentí deseos de saber muchas más cosas acerca de un antepasado tan notorio como lo fue mi abuelo, y acerca también de su renuncia del mundo para entregarse al estudio de una antigua filosofía que cultivaba el espíritu y sólo el espíritu, por lo que entendí a través de la lectura de sus notas. Decidí entonces dirigirme a Runkel en busca de algún descendiente de Obereit, por si conservaba recuerdos familiares o cualquier escrito.

Runkel es un pueblo pequeño y lejano, al margen del tiempo; un pueblo que parece nacido de un sueño o de un clamor ancestral, una especie de reliquia legada por la Edad Media. Sus callejas y pasajes son estrechos como no puede suponerse, y silenciosos como la misma muerte. Impera allí el castillo de Runkelstein, señorío de los antiguos Príncipes de Wied, levantado sobre la pura roca.

A la mañana siguiente a mi llegada me dirigí pronto al cementerio de la parroquia, llevado por un impulso irresistible.

Despertaron de golpe los días de mi niñez y de mi primera juventud, para llenarme la memoria a medida que recorría las tumbas y leía mecánicamente sus epitafios y los nombres de quienes allí reposaban eternamente, mientras pisaba la hierba y las hojas caídas de los árboles. No tardé mucho en verme ante la tumba de mi abuelo, leyendo la mística inscripción. Y no pasó mucho tiempo hasta que me di cuenta de que, en contra de lo que había supuesto, no estaba solo.

Un anciano de cabello blanco y surcos muy pronunciados en el rostro, se hallaba sentado en una tumba algo más allá, con la barbilla apoyada en la empuñadura de marfil de su bastón. Me miró con curiosidad a medida que me dirigía hacia él; vi que sus ojos eran brillantes, muy vivos; los ojos de alguien que, al mirar, recuerda. Vestía ropas muy anticuadas, las propias de los retratos del tiempo de Luis Felipe, o de los comienzos de la era victoriana.

Estaba atónito, no tanto por su presencia como por la intuición que me hacía temblar conmocionado mientras avanzaba lentamente hacia donde se encontraba aquel hombre. Y sin parar le pregunté sin más si era Obereit.

- Sí, yo soy Johann Hermann Obereit - dijo el anciano sin dar muestras de sorpresa ante mi pregunta.

Me faltó el aliento al oírle hablar. No disminuyeron ni mi sorpresa ni mi emoción durante todo el tiempo que estuvimos hablando.

No es común una experiencia como la que tuve, la de hablar cara a cara con un hombre de aspecto mucho más viejo que el mío entonces, yo que tantos años de vida tenía cuando nos encontramos. Me dijo que contaba con un siglo y medio de años a sus espaldas, por lo que no pude por menos que sentirme un niño ante él, a pesar de mis canas, cuando hablaba de Napoleón y de otros personajes históricos a los que había conocido, como quien habla de amigos que murieron ayer.

- En Runkel -dijo sonriendo-, creen que soy en realidad mi nieto... - y señaló una tumba por la que pasábamos, pues habíamos comenzado a caminar entre las sepulturas, en la que se veía con claridad el año de 1798 -. Lo cierto es que soy yo quien debería yacer de verdad ahí - siguió diciendo-, y como no quiero que la gente de por aquí me tome por una especie de Matusalén, por eso digo que soy mi nieto y por eso está ahí mi sepultura vacía. La palabra VIVO -dijo como si me adivinara el pensamiento- sólo aparecerá en esa tumba si alguna vez muero realmente.

Nos hicimos muy amigos e insistió en que me quedara allí. Estuve un mes entero en Runkel; noche tras noche nos entregábamos a profundas reflexiones y debates sobre un sinnúmero de cosas. Pero siempre que le preguntaba por el significado de aquella sentencia leída entre las notas de mi abuelo, cambiaba de conversación.

*-¿Cómo puede escapar un hombre de la muerte, si no es cesando en su espera y renunciando a toda ilusión? ¿Qué quiere decir eso? -le preguntaba yo.*

Una noche, la última que pasaría en Runkel, hablamos de los antiguos procesos contra las brujas. Dije que aquellas pobres mujeres no eran más que histéricas bárbaramente sacrificadas, cuando me replicó con una pregunta:

*¿Así que no cree usted que un hombre pueda abandonar su cuerpo y vivir a través de las edades? - dijo mirándome intensamente-*

Negué con la cabeza. -Eso me parece delirante- respondí, echándome a reír. En cuanto a las brujas, creo que está suficientemente probado que accedían al trance mediante la ingestión de narcóticos, eso es lo que las llevaba a creer que abandonaban su cuerpo y volaban en escobas. Pareció sumirse en una profunda reflexión. -Puede que usted crea que yo mismo viajo a través de las edades sólo con mi imaginación- dijo al fin y volvió a sumirse en una especie de meditación.

Tras un largo silencio, que no interrumpí, se levantó lentamente para dirigirse a su escritorio. Volvió con un pequeño volumen entre las manos.

- Quizá pueda interesarle algo que escribí a raíz de una experiencia vivida hace muchos años -señaló-. Debo decirle, sin embargo, que en aquel tiempo era yo muy joven y aún estaba lleno de esperanza.

Comprendí por la expresión de sus ojos, tristes entonces, que en efecto aquello lo había escrito muchos años atrás.

-Siempre he creído -comenzó a decir- en eso a lo que los hombres llaman vida. A pesar de todo lo que me ha ocurrido con el paso del tiempo... Perdí cuanto más quería, mi esposa, mis hijos... todo... Entonces, cuando más solo me hallaba en este mundo, tuve la ventura de conocer a su abuelo... Fue él quien me ayudó a comprender que nuestros deseos y aspiraciones sólo son expectativas, ilusiones, una larga espera... Y me ayudó a comprender igualmente cómo se enraciman, cómo se devoran entre sí las esperanzas, las expectativas, la espera, para quitarnos del rostro la máscara y que rueden las lágrimas propias del llanto de esos fantasmagóricos vampiros que penan eternamente.

Llamamos a ese proceso el tiempo de las sanguijuelas, pues son las sanguijuelas las que succionan la sangre de nuestro corazón, henchido de tiempo, para quitarnos la savia de la vida.

El tiempo, amigo mío, es una sanguijuela. En esta misma habitación en la que nos encontramos decidí hace muchos años emprender la conquista de la muerte mediante el estrangulamiento de todas las esperanzas, tan devastadoras como ese tiempo que indefectiblemente deviene en una sanguijuela. Y entonces... -hizo una pausa y respiró profundamente para hallar de nuevo el resuello que le faltaba-, y entonces me convertí en una especie de leño que no diferencia si lo acarician o si lo golpean con el hacha, si lo arrojan al agua o lo echan al fuego...



Desde aquel día, al menos eso quiero creer, me he desprovisto del sufrimiento consustancial a la esperanza. Ya no necesito buscar consuelo; en realidad, ya no preciso de nada. Además, ¿dónde podría hallar lo que necesitara? Sé qué soy, naturalmente; sé también quién soy... Sé que vivo... Pero hay una diferencia fundamental entre vivir y *estar vivo*.

-Lo que dice parece muy simple, pero es terrible- lo interrumpí profundamente conmovido por sus palabras.

-No crea. Las cosas son simplemente lo que parecen - dijo sonriendo tristemente—; el problema radica en que albergamos esperanzas. Al margen de este sentimiento, de este dolor de corazón, le aseguro que se ve uno imbuido de una suerte de beatitud que acaso comprenda usted si le digo que es muy parecida a un sueño confortador.

Es una especie de dulce melodía que calma los nervios. Y en esa calma puedo saber quién soy realmente. Cuando nace en el corazón esa melodía, ya no muere. Ni durante el sueño, ni cuando el mundo exterior nos llama y agita con sus oleadas, ni cuando llega la hora de la muerte cesa esa melodía.

Le diré por qué mueren los hombres tan pronto, por qué no viven esos miles de años que dicen las escrituras de los antiguos patriarcas que debe vivir el hombre... Son como las primeras hojas del árbol, pero olvidan que pertenecen al tronco; por eso mueren los hombres en el primer otoño... Ahora le diré cómo he logrado preservar mi cuerpo de esa devastación.

Hay una doctrina antigua, muy antigua, tanto como la misma humanidad, que se ha transmitido oralmente hasta nuestros días, aunque son muy pocos los que la conocen. Esa doctrina nos enseña a mantenernos en pie ante el umbral de la muerte, y a traspasarlo incluso sin perder la conciencia de que lo hacemos; sólo el que ha muerto en su primer otoño lo traspasa inconscientemente.

Quien logra traspasar incólume ese umbral deviene en un maestro de sí mismo, en un hacedor de su propia existencia. Así gana un nuevo ser, en sí mismo, sin dejar de ser... Y ese nuevo ser que refuerza el sí mismo es la herramienta que nos da la facultad de convertir nuestras manos y nuestros pies en los órganos imprescindibles.

El latido del corazón y nuestro hálito insuflan la vida al espíritu, capaz así de ir en pos del tiempo, a través de las edades, como fueron los israelitas tras salir de Egipto, como las aguas del Mar Rojo se hicieron a un lado para permitirles el paso.

Así he ido yo, a través del tiempo, a despecho de las torturas sufridas, preservando siempre a mi espíritu de los sinsabores para fortalecer el cuerpo y hacer que sólo obedezca a mi espíritu.

Muy pronto me sentí libre de ataduras, como nos sentimos al soñar que volamos... Pero también es cierto que alguna vez sentí que caía irremediadamente hasta verme arrastrado por una corriente negra que parecía ir del sur al norte. En nuestro lenguaje gnóstico llamamos a eso cruzar el Jordán. Vadear peligrosamente la existencia, no tanto con el agua al cuello como con la sangre a la altura de nuestras orejas.

Cuando hice ese tránsito oí voces que me alertaban, que me llamaban a volver atrás. Estuve a punto de hacerlo, asustado, temeroso ante aquellas voces que me invitaban a desistir como tantos lo habían hecho. Pero entonces vi unas piedras que sobresalían del agua y a las que me así, resistiendo al torrente hasta que pude nadar y alcanzar la orilla.

Allí me vi, en mitad de la noche, desnudo como un niño recién nacido. Habían desaparecido de mí los caracteres de mi sexo, pero poseía ahora un tercer ojo, que era como el ojo de Polifemo. Un ojo que me guiaba en la oscuridad y me llevaba de tierra en tierra y de isla en isla.

Fui a lo largo de un camino bañado por la luna, pero no sentía el suelo bajo mis pies. Cuando intentaba tocar los árboles o los arbustos, no los sentía en mis manos. Era como si hubiese entre lo que me rodeaba y yo una cortina de aire que me impidiera el contacto. La fosforescencia de las hojas y de las ramas caídas todo lo cubría, imposibilitando la visión. Pero el perfil de las cosas semejaba vagamente la existencia de algo blando y húmedo como los moluscos y todo parecía extraordinariamente sobredimensionado. Pájaros de grandes plumas, pájaros de ojos redondos y enormes... Animales como perros gigantes que se deslizaban lentamente sobre el musgo para acercarse a mí y observarme...

Había una viscosidad indescriptible en todos aquellos extraños seres que me rodeaban. Eso me hizo cobrar conciencia de quién era realmente, y de lo que era: algo tan real como lo que me rodeaba; algo, a la vez, tan deletéreo como lo que me rodeaba; algo, en fin, que habitaba las sombras a medias entre lo terrenal y lo imposible; a medias entre lo real y lo que parecía soñado, como esas sombras que se devoran a sí mismas en la muy larga espera de la felicidad.

Como el hambre que mata a los cachorros de los animales del bosque, cuando sus madres salen en busca de alimento y tardan en volver, así crecen los espectros en esa región de los espíritus, y así los espectros, para no morir definitivamente, absorben la sangre de las criaturas de este mundo, como las sanguijuelas y como las arañas.

Los poderes de la vida no son nada, pues ante ese ansia de sangre se desvanece toda esperanza; todo es voracidad en ese país del tiempo de las sanguijuelas; y sólo la voracidad impera mientras alguien aguarda en vano la culminación de sus esperanzas.

Tras salir milagrosamente indemne de ese tránsito, llegué a una ciudad habitada por mucha gente... A unos los había conocido en la tierra.

Traté de preservarme, cuanto me fue posible, de sus vanas esperanzas; más aún, traté de abortar sus propias esperanzas. Vi que cuanto más erraban a la espera de la concreción de sus esperanzas, más caían en la devastación que los tornaba vampiros, esos seres demoníacos que habían devorado sus corazones sin que pudieran darse cuenta, precisamente porque los vampiros también albergan la esperanza de vivir a través de las edades para redimirse y así van devorando el tiempo y la vida de los píos. Y así vi cómo también los píos se convierten en monstruos de grandes garras y ojos encendidos, en busca de sangre con la que hinchar sus mejillas.

En aquella ciudad vi también un banco con un letrero que anunciaba en sus ventanas:

*Fortuna*  
*Despacho de Lotería*  
*Todos los boletos son ganadores de primer premio*

De aquel banco salía gente arrastrando sacos llenos de oro, mostrando grandes sonrisas triunfales en sus rostros de labios tumefactos: eran fantasmas que se habían dejado la existencia en la tierra buscando la suerte, insaciables de ganancias.

Entré en el gran hall del banco, que semejaba un templo colosal, con columnas que parecían llegar al cielo. Allí, en su trono hecho con sangre coagulada, reinaba un monstruo con cuatro brazos. Su cuerpo era humano, pero tenía la cabeza de una hiena y reía abriendo sus grandes mandíbulas. Era el dios de la guerra, aquel a quien las naciones más salvajes y supersticiosas elevan sus preces para pedir la victoria sobre el enemigo.

Lleno de horror salí corriendo, angustiado por aquella atmósfera de corrupción y decadencia. Me perdí en las calles, pero sólo para desembocar ante un palacio esplen-

doroso como nunca me había sido dado contemplar palacio alguno.

Todo, las piedras, la ornamentación, el esplendor, en fin, me resultaba familiar. Era como si yo mismo lo hubiera construido, o soñado. Comencé a subir la escalinata de mármol. En la gran puerta que había ante mí pude leer... mi nombre: JOHANN H. OBEREIT. Entré. Una vez en el interior me vi con un manto de púrpura y sentado a una mesa en la que había viandas propias de un festín. Miles de esclavas bellísimas servían ese festín. De inmediato reconocí en ellas a todas las mujeres que dieron placer a mis sentidos a lo largo de mi vida, incluso aquellas con las que sólo pasé un momento.

Un sentimiento de odio indescriptible me invadió cuando reparé en que todas ellas no me habían hecho sino caer en la perversión vestida con todos los lujos que había sido mi vida; fue así como yo mismo hice un llamamiento a mi salvación acudiendo a mi propio ser, el único que podía liberarme de las vanas esperanzas y de las expectativas que aún anidaban en mi alma.

Con auténtico pavor contemplé entonces el discurrir de mi vida entera, una vida desperdiciada en la espera, en la constante espera que sólo conduce a la muerte. En ese sentimiento pasé unas pocas horas.

Como una burbuja había transcurrido mi vida. Le aseguro que lo último que vemos en esta tierra es precisamente lo que genera nuevas esperanzas, una nueva espera. El mundo entero viene a ser preservado de sus miserias, así, por el pestífero hálito de lo decadente.

¿Quién no ha experimentado esa enervante debilidad que se apodera de uno cuando está sentado en la sala de espera de un médico o de un abogado? Pues eso a lo que llamamos vida no es más que la sala de espera de la muerte.

Repentinamente había comprendido al fin qué es el tiempo. Nosotros mismos estamos hechos al margen del tiempo.

Los cuerpos parecen algo en sí mismos, pero no son más que tiempo coagulado. Nuestro diario peregrinar sólo nos conduce a la tumba, que es una forma de regresar al tiempo, y de esperar en vano la consecución final de las esperanzas, pero los síntomas de ese proceso no son distintos de los que se producen con el hielo, cuando vuelve a ser agua.

Ahora lo comprendo todo, al fin; este conocimiento hierve en mi mente y me llena de dudas que se acrecientan de continuo y hacen que el conocimiento muestre un gesto de horror en el rostro con que me alumbra. Hace años que supe qué tenía que hacer: luchar contra la muerte con todas las armas disponibles; luchar contra esos fantasmas que succionan nuestra sangre como los vampiros.

Sí, los vampiros saben perfectamente cómo hacerse invisibles a los hombres, cómo ocultarse a nuestras miradas, pues nuestros ojos son los parásitos de nuestra existencia. Esa es la mayor y más diabólica treta de los vampiros: hacernos creer que no existen. Pero desde que adquirí ese conocimiento del que le he hablado, mi vida gira en torno a dos ideas: expulsar la idea de la ilusión y la idea de la espera.

-Creo- intervino entonces, aprovechando un silencio del anciano- que yo no sería capaz de dar ese primer paso necesario para emprender el viaje del que usted me ha hablado. Y lo creo así porque estoy seguro de que mi alma, como la de todos los hombres, se alimenta de la ilusión y de la espera, y sólo contraviniendo esos anhelos del alma podrá llegar al estado de placidez que usted propone. Mi alma vive de la esperanza... Pero...

-Sí, pues contravenga usted a su alma -me interrumpió-. La esperanza vive en usted mismo, en su propia vida. Bien, sea usted el eje sobre el cual tenga que girar su alma, no permita que el proceso siga produciéndose a la inversa. Conviértase en un autómatas, conviértase en un muerto viviente, eso es lo que le sugiero...

No se deje tentar por las frutas más sabrosas y así acabará con la esperanza del deleite. No alargue usted jamás una mano, para que nadie se la tome. Al principio parecerá usted un vagabundo penando en busca de consuelo por los desiertos, pero lentamente su soledad le hará descubrir el brillo real de las cosas, por lo que podrá contemplarlas en su verdad -tanto las más bellas como las más feas-; y comprenderá entonces que la verdad de las cosas es su único esplendor. Todo, así, carecerá para usted de importancia, y le dará a la vez lo mismo que las cosas no la tengan...

Todo evento, todo cuanto suceda ante sus ojos, será importante en la misma medida en que carecerá de toda importancia. Será como matar al dragón y beber su sangre; podrá decirse entonces: navegué a través de un mar sin orillas y de una vida sin fin, con velas de nieve.

Todo lo anterior fueron las últimas palabras que me dijo Johann Hermann Obereit. No he vuelto a verlo.

Han pasado muchos años desde aquel día, pero he tratado de seguir, tan bien como me ha sido posible hacerlo, su doctrina. No obstante, ni la ilusión ni la espera son ajenas a mi corazón.

Soy quizá demasiado débil como para arrancar de mí esas palabras, por lo que seguramente jamás adornará mi tumba esta leyenda:

$$\frac{V}{V} \mid \frac{I}{O}$$